

B.P.
B. 969

Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

B.P.
3.969



Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA



Bibli
Congreso
ARGENTINA



oteca del
Congreso
ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso



Biblioteca del
Congreso



Bibli
Congreso

Duarte de Perón, Inés Eva 1919-1952
Biografía
1A-VII-ch-2-l'-3'

BC Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

BC Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

BC Biblioteca del
Congreso



PRESENCIA
de

EVA PERÓN

BC Biblioteca del
Congreso **BC**

1953
001-1

BCiblioteca del
ongreso
ARGENTINA

BCiblioteca del
ongreso
ARGENTINA

BCiblioteca del
ongreso
ARGENTINA

BIBLIOTECA PERONISTA

ESCUOLA SUP. R. C. R. PERONISTA
Inventario *970*
Ubicación *394*



B.P.
3.969

BCiblioteca del
ongreso
ARGENTINA

Presencia

de

EVA PERON

BCiblioteca del
ongreso
ARGENTINA



SUBSECRETARIA DE INFORMACIONES
DE LA PRESIDENCIA DE LA NACION

BUENOS AIRES
1953



BCiblioteca del
ongreso
ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso

*L*A historia de Eva Perón —la de su vida heroica, la de su pasión calcinada en las hogueras del renunciamento, la de su gloriosa eternidad en el alma de su Pueblo— divide la historia de la solidaridad en dos capítulos diferenciados en el ágora de los tiempos. En el primero de ellos pervive la nebulosidad, aunque la rasguen, como inmensos fogonazos de martirio y santidad, el resplandor que dejan los Elegidos, hitos de fe y de ese amor espiritual e insaciado que Dios dejó en el ser al ennoblecerlo con el soplo divino. El segundo está pleno de luz, como en la milagrosa frecuencia de la gracia.

Transcurre el primero “antes del tiempo de Eva Perón” y encuentra su luz, que es extraterrena, en la milagrosa consubstanciación del Hombre en el Creador. De esta unidad espiritual de lo perecible con lo eterno, como el fuego de la zarza sagrada, surgen el Santo y el Mártir que señalan el camino de la inmólación como sendero escarpado que encamina hacia la eternidad. El segundo nace con el “tiempo de Eva Perón” y tiene una sublime sencillez humana. Una sencillez que se expresa en su vida; una sublimidad que emana, como el manantial de la roca, con la frescura de la naturalidad.

La historia de Eva Perón es una historia de amor al Pueblo, de fe en sus destinos, de esperanza en la superación de las contingencias sociales que traban su marcha hacia lo superior. Es una historia de luchas sin descansos, de enconos sin armisticios, de lealtad sin desmayos a la causa del Pueblo y de Perón. Una causa que es única, porque Pueblo y Perón son sinónimos emotivos en el alma de la Abanderada.

Analizarla es deslumbrarse ante esa obra de amor. Sólo la obra de amor tiene los signos de la vida misma, la capacidad de perdurar en el tiempo, de acrecentar cada día su hermosura. Sólo la obra que guarda en su materialidad un fervoroso sentido humano está destinada a no borrarse jamás de la memoria de los hombres. Y ésta es la obra de Eva Perón cuya exaltación, al cumplirse un año de su tránsito a la inmortalidad, dibuja, como en difumino, la suma de estas páginas de homenaje y de recordación.



Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA



Bibli
Congreso
ARGE



oteca del
Congreso
TINA



Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

I
VIDA DE
EVA PERON



Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso



Biblioteca del
Congreso



Bibli



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

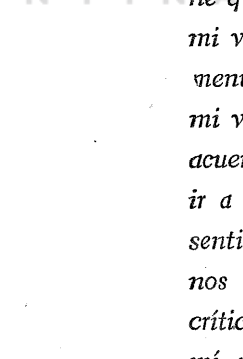


Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

“Mucha gente no se puede explicar el caso que me toca vivir. Yo misma, muchas veces, me he quedado pensando en todo esto que es ahora mi vida. En mí, la razón tiene que explicar, a menudo, lo que siento; y por eso, para explicar mi vida de hoy, es decir, lo que ahora hago, de acuerdo con lo que mi alma siente, tuve que ir a buscar, en los primeros años, los primeros sentimientos que hacen razonable, o por lo menos explicable, todo lo que es para mis supercríticos “un incomprensible sacrificio” que, para mí, ni es sacrificio ni es incomprensible.”

EVA PERÓN



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso



Biblioteca del
Congreso



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



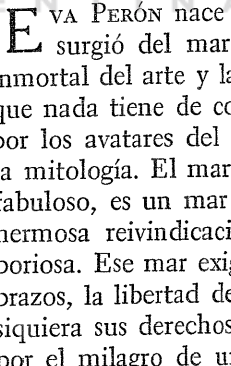
Biblioteca del
Congreso



Biblioteca del
Congreso

PRIMERA PARTE

ARGENTINA



EVA PERÓN nace el 17 de octubre de 1945. Como Venus, que surgió del mar resumiendo al contacto de la luz la síntesis inmortal del arte y la belleza, Eva Perón nace del mar. De un mar que nada tiene de común con la gracia apacible del que bañó, allá por los avatares del pensamiento antiguo, las playas milagrosas de la mitología. El mar del que nace Eva Perón, como de un vientre fabuloso, es un mar gestado por la ira y embravecido por la más hermosa reivindicación que jamás haya unido a una multitud laboriosa. Ese mar exige, por un millón de bocas y por un millón de brazos, la libertad de un hombre. No pide pan, ni sal; ni recuerda siquiera sus derechos de pueblo recién nacido a la libertad integral por el milagro de una voz que la reacción y el imperialismo —hidras dañinas de una actualidad de liliputienses nimbados de poder y borrachos de entreguismo— quisieron silenciar tras las rejas de la cárcel. Ese mar pide la libertad de su elegido, pide la esencia misma de la condición humana. Y aunque intuye apenas que pidiendo por él lo mínimo que el hombre tiene derecho a exigir cuando toda su ambición es servir a su pueblo —que es su libertad— está forjando su propio porvenir como pueblo y como Nación.

Eva Perón nace el 17 de octubre de 1945 del seno de aquel mar que desde el jadeante cinturón de la periferia laboriosa de Buenos Aires, representando a todos los trabajadores del país, corría en avalancha hasta la Plaza de Mayo para exigir la libertad de Perón. Forman sus olas hombres, mujeres y niños salidos como panes dorados de los hornos incansables de la producción, del milagro renovado del trabajo, de los pliegues más íntimos de la esperanza popular. Y como Venus, nace integral, plasmada para un destino



Biblioteca del
Congreso



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

que la habría de llevar, por sendas de sacrificios inenarrables y de triunfos que no encuentran parangón a lo largo de la historia, a la más gloriosa eternidad. La que reserva a sus héroes el alma de los pueblos.

Su vida comienza entonces, porque hasta entonces sólo se había preparado para vivir. Nace de aquel mar que el 17 de Octubre encrespan medio millón de trabajadores, que luego de recorrer la Capital hacia todos los rumbos de la rosa de los vientos buscando a Perón, aclamando a Perón y llamando a Perón, derrotaban la con-fabulación reaccionaria y obtenían su libertad. Nace de aquel inmenso mar, de aquella abigarrada muchedumbre de descamisados, del rugido jubiloso que cubrió la Plaza de Mayo y que se extendió en sus ecos sobre toda la comba del país en el histórico atardecer, cuando Perón, libre por su pueblo, surgió en los balcones de la Casa Rosada para anunciar, con su propio triunfo, el triunfo del Pueblo en las gestas más hondas de su total emancipación.

Eva Perón nace el 17 de Octubre de la entraña popular. Ella misma es pueblo milagrosamente puro por la angustia, por la fe, por la esperanza sostenida. Hasta entonces sólo se había preparado para vivir en una larga vigilia intuitiva que tuvo la sabiduría de la vocación. Como se preparan los elegidos y los destinados a la inmortalidad, engrandeciéndose en proporción al olvido de sí mismos, agigantándose en medida directa a la subestimación lograda de su propio "yo", transfigurándose a medida que penetran en las sombras que proyecta todo un pueblo puesto de pie y fascinado ante el milagro luminoso de su solidaridad.

Eva Perón nació el 17 de octubre de 1945. Vivió desde entonces con esa autenticidad que señala la existencia ineludible del "valor", ese valor de categoría moral que se llama libertad, justicia, independencia, fe, engarzadas por ella en una selección de valores tan íntimamente consubstanciados con su propio ser, que la capacitaron para participar en la "construcción de la historia" de su época con trazos que nada ni nadie logrará borrar.

Eva Perón nació el 17 de octubre de 1945. Vivió su apasionado amor por el Pueblo y por Perón hasta el 26 de julio de 1952. Y desde entonces, en la gloriosa eternidad del alma de su pueblo—que hoy la ama más que ayer y menos que mañana—, vela por los destinos de la Nación.

LOS FACTORES

Tres son los factores que van modelando a Eva Perón durante los 25 años que consume en esa lucha silenciosa por prepararse para vivir y por librarse de la fosa común de los acomodaticios. Los dos primeros caen sobre su espíritu desde la niñez y gravitan sobre él dolorosamente, como la maldición bíblica sobre el pueblo tras-humante. El primero es su indignación ante la injusticia, dolor que la acompaña como una herida que nada ni nadie logra cerrar. El segundo es la contradicción de la coexistencia de riqueza y pobreza, considerada la pobreza como infelicidad y la riqueza como medio de librarse de ella. El tercero, que llega a ella cuando ya iba a buscar en la resignación treguas para una lucha que la consumía sin más perspectiva que la inmólación, está en su despertar. Pero éste sólo llegó allá por los primeros meses de 1944. En vísperas de comenzar a vivir.

El primero de esos factores corresponde a la órbita de la intuición. Es notorio que la *verdad* es siempre resultante de la investigación, de la observación objetiva o del razonamiento lógico. Para alcanzarla, ni es necesaria intuición ni ésta juega otro papel, cuando existe, que el de llevar a las vacilaciones naturales entre el "saber" y el "intuir". La verdad revelada de los poetas y de los profetas no es una verdad, porque no tiene más posibilidad de demostración que a través de los factores del tiempo. La llamamos "verdad revelada" porque la juzgamos a posteriori, cuando los hechos y los acontecimientos vienen a dar razón a la profecía. Entonces, mucho después, es una *verdad*. Pero al ser enunciada por el poeta o por el profeta, no presenta siquiera en sus formas y en su contenido la sombra de una verdad. Se adelanta a su tiempo, penetra audazmente a través del espacio. Parece negar las "leyes generales que forman sobre la complejidad social, el espíritu de época". Está contra él, porque lo niega al elevarse hacia el porvenir. Por eso maravilla y despierta el odio más crudo y el amor más apasionado. Odio de los poderosos, como el que suscitó Bautista en la corte de Herodías; amor de los humildes, como el que nimbó de gracia y de luz extraterrena el cuerpo sangriento del ajusticiado por capricho de Salomé.



La indignación ante la injusticia que siente Eva Perón, desde que tiene conciencia de que existe como ser, proviene de su intuición. “Mucha gente —dice en *La Razón de mi Vida*— no se explica el caso que me toca vivir. Yo misma, muchas veces, me he quedado pensando en esto que es ahora mi vida. Algunos de mis contemporáneos lo atribuyen todo al azar.” Y más adelante: “Claro que todo esto sería absurdo como es el azar si fuese cierto lo que mis supercríticos afirman cuando dicen que, de buenas a primera, yo, una mujer superficial, escasa de preparación, vulgar, ajena a los intereses de mi patria, extraña a los dolores de mi pueblo, indiferente a la justicia social y sin nada serio en la cabeza, me hice de pronto fanática en la lucha por la causa del Pueblo y que haciendo mía esa causa me decidí a vivir una vida de incomprensible sacrificio.”

La miopía de los supercríticos, como los llama Eva Perón, proviene de una fuente bilateral. De un lado la mala fe, el despecho; por el otro la ignorancia, la incapacidad de “comprender” la diferencia de los “valores” y de las “verdades”, ni de la inevitabilidad del camino de la intuición, para llegar a los primeros, y del razonamiento, la observación o el análisis, para alcanzar las segundas.

Demuestra Pittaluga en su genial análisis sobre la posición de la mujer en la historia que “tanto la autenticidad de los valores, como la superioridad relativa de los unos sobre los otros, son apreciadas por *actos de intuición*”. De ahí, agrega el maestro, la sensibilidad específica de la mujer para la selección de valores.

Eva Perón es, ante todo, mujer. Y lo es en la maravillosa multiformidad que encierra el concepto. Su vida es integralmente la de una mujer totalmente mujer, porque siendo un tipo excepcional es, por lo mismo, la consubstanciación de todas las virtudes femeninas. “Las *verdades* resultantes de la observación, de la investigación o del razonamiento lógico —sigue Pittaluga—, una vez clasificadas por la mente humana —verdades matemáticas, químicas, físicas, etc.—, subsisten por sí, independientemente de las preferencias, de las apetencias de grupos o de las contingencias de tiempo o espacio. Los *valores*, en cambio, cuando existen como cualidades, no viven en la mente humana como tales valores más que en virtud de sus relaciones con otros valores y con las íntimas vivencias de la personalidad humana o de la comunidad.” En la conducta

que expresa su síntesis de la vida, la mujer se apoya más en los *valores* que en las *verdades*.

Para la mujer, de una manera genérica, la calidad del *valor*, se trate o no de una verdad a la que haya llegado por el análisis, es la única guía por la que está dispuesta a regular su vida. Y esto, que es genérico en la mujer, fué determinante y absorbente en Eva Perón. Y el *valor* inicial que absorbió su espíritu fué el de la indignación ante la injusticia. Desde entonces, todos los demás valores, todas las verdades que iba desentrañando en el curso del vivir, toda la perspectiva y el panorama de la existencia, giran alrededor de ese *valor* inicial, absorbente y determinante. Y es inútil que quiera pasar por sobre él, hundirlo en la profundidad del subconsciente, arrancárselo a sus ojos que aspiran a contemplar, tras los lentes de los anhelos y de las ilusiones de la juventud, el aspecto optimista de la vida de relación. La injusticia no es un hecho sino un proceso. No es un eslabón sino una cadena. “De cada edad guardo el recuerdo de alguna injusticia que me sublevó, desgarrándome íntimamente”, dice en *La Razón de mi Vida*, esa extraordinaria expresión de la autobiografía más íntima, más veraz y más sin oropeles de nuestros tiempos.

El sentimiento de la indignación ante las injusticias —pongámoslas en plural, ya que se trata de injusticias sociales, pues sólo las sociales tienen la persistencia de la arena del reloj de horas— es un factor trascendente en la modelación de Eva Perón. Un factor trascendente que ya no habría de dejarla jamás. Toda su lucha, toda su vitalidad, toda su capacidad de sacrificio está de pie, a lo largo de sus años de realizaciones imborrables, lanzadas como arietes contra las injusticias latentes. Su triunfo, después, no sólo no embota su sensibilidad ante ese *valor* inicial, sino que la multiplica. Es en el cenit de su felicidad, como argentina y como mujer, cuando corre a Santiago del Estero a buscar, como quien busca un tesoro apetecido, aquellos 100 primeros niños santiagueños que conforman el grupo inicial de los 25.000 niños que encontrarían luego la felicidad en los hogares-escuela de la Fundación. Es en los momentos en que su euforia vital, cuando la existencia se le presenta como un largo camino hacia el porvenir, raya más alto cuando se vuelve de improviso hacia la ancianidad para proclamar sus derechos. Para ella, la niñez desvalida y la ancianidad olvidada son formas de la

injusticia, y las soporta menos en los momentos de triunfo que entre las angustias de la lucha. Su tremenda sinceridad para consigo misma, su impiedad para con su propia fatiga, su total subestimación de su "yo" —forma superior de la solidaridad como virtud, que sólo alcanzan los elegidos— le hacen sentir más esas injusticias, le hacen doler más esas negaciones ahora que se encontró a sí misma al encontrar al Pueblo y a Perón que cuando los buscaba afanosa y denodadamente. Es que el sentimiento de indignación ante la injusticia conservó en Eva Perón su total validez de *valor* insustituible hasta su último aliento.

A R G E N T I N A

El segundo de los factores que gravitan con fuerza determinante en la preparación de Eva Perón para su vida maravillosa es la coexistencia de la infelicidad y la felicidad a través de muchos pobres muy pobres y pocos ricos muy ricos, formando, entrelazados, la estructura ostensible de la sociedad. Este es un factor que actúa sobre ella de una manera totalmente diferente que la indignación ante la injusticia. Y es que ésta es un *valor*, mientras que aquél es una *verdad*. Su indignación ante la injusticia había penetrado en su espíritu por la vía de la intuición. Era para ella "la verdad revelada". La existencia de pobres y ricos —de seres capacitados para ser felices y de seres a quien se negaba la posibilidad de serlo— fué ya una consecuencia de su observación objetiva, apenas consciente al principio y luego hecha conciencia con una fuerza avasalladora en el espíritu de Eva Perón.

Es ella misma quien advierte que la existencia de pobres y ricos la penetró poco a poco, como se llega al conocimiento de la verdad. "Yo sabía que había pobres y que había ricos —dice Eva Perón en su citada autobiografía—. Y sabía que los pobres eran más que los ricos y estaban en todas partes." Para los acomodaticios, el encuentro de esta verdad no incide, necesariamente, en la formulación de los ámbitos de su propia vida. La primera ley de la vida es vivir, se dicen a sí mismos. Y como las verdades, una vez clasificadas, viven de por sí, la existencia de pobres y ricos —la coexistencia de felicidad-infelicidad— puede separarse, en esencia, de las apetencias de la propia vida.

Pero para Eva Perón la sociedad basada en la felicidad de pocos y en la tragedia de muchos no podía resultar una verdad aislada de sus propias apetencias. Su espíritu juvenil se rebela contra la lógica del absurdo de un estado social en que el bien de algunos se realiza inexorablemente en proporción directa al mal de muchos. Al principio, cuando llega a esta constatación por el razonamiento lógico y por la experiencia diaria que penetra en su mente por la vía de la observación —la vida vivida es un libro abierto que refleja en la totalidad de sus matices la realidad social con la gama total de sus luces y sus sombras—, el hallazgo tiene ribetes de naturalidad. Como si correspondiera a la lógica inexorable del desarrollo y de la evolución de la colectividad. "Hasta los once años, creí que había pobres como había pasto y que había ricos como había árboles." El pasto da la idea de lo infinito, del verbo mismo de la multiplicación; los árboles, ante esa avalancha achatada y débil, resultan la afirmación de lo excepcional.

Pero después, poco después, cuando oye a alguien definir el exceso de riqueza de los ricos como la causa fundamental y única de la infinita pobreza de los pobres, la concepción de la naturalidad de tal estado social desaparece de sus perspectivas inmediatas. Los pobres ya no son como el pasto, porque el pasto es obra de la naturaleza; ni los ricos son como los árboles, porque la riqueza privada se multiplica por las vías de la explotación, que nada tiene de común con la naturaleza.

Eva Perón mira fijamente hacia sí misma para encontrar respuesta a su perplejidad. Ella sabe ya que el análisis la llevará a la verdad, pero que la verdad tiene menos fuerza que el valor. ¿Se pueden, acaso, fundir, valores y verdades en un solo valor único, central, dinámico y fecundo hasta el punto de gestar nuevos valores terminantes? En su lucha dramática por fundir lo que es esencial en ella, la intuición, con lo que es adquirido, el razonamiento lógico y la observación, Eva Perón "siente" no sólo la verdad del exceso de riqueza como razón del exceso de pobreza, sino la fuerza tremenda que la suma de esa verdad oída y aceptada por el razonamiento y fundida a su sentimiento de indignación ante la injusticia daba a sus esperanzas de redención.

Desde entonces su actitud es de rebeldía. La existencia de pobres muy pobres y de ricos muy ricos era ya, en su espíritu y en



sus ansias de reforma social, una expresión más de la injusticia. Su comprobación del hecho no para ahí, en la revelación que le ofrece la suma de su intuición con las verdades a que llega por el razonamiento lógico. Eva Perón no es una contemplativa que se cruza de brazos ante la fatalidad, nombre que dan los más para justificar su propia cobardía. Ella contempla y medita angustiada por una sensibilidad que afina el dramatismo de los días que le tocan vivir, pero sólo como gimnasia para la acción. Contempla la vida y la división de sus trincheras como el héroe contempla el campo de la lucha al lanzarse a la acción. Sintiendo por los hombres un inmenso sentimiento de piedad, volviéndose y definiéndose con los desamparados, los que sufren sed de justicia y de amor, los que aman la verdad.

En su ánimo esforzado no cabía otra postura. Pensaba con el corazón y todo su corazón era piedad y amor por los humildes: A ellos se unió entonces en la sucesión de los días que señalan su vocación artística, como un imperativo de encontrarse a sí misma encontrando al pueblo que sufría también la tremenda angustia de una injusticia que parecía venirle del pecado original.

Ella, como el Pueblo, miraba en vano hacia el horizonte. Nada sobresalía en la chatura infinita de la perspectiva nacional, amañada y deformada por la reacción y el imperialismo. Los hombres que descollaban en la inmensa llanura de una rutina siempre igual, grandilocuente y vacía, no se destacaban de la generalidad porque se elevaran por encima de ella, sino porque la aplastaban, porque la hundían, porque la rebajaban de nivel.

Esta es la época más dura para Eva Perón en la preparación de su propia vida. Incapaz de permanecer indiferente ante la realidad, que ya había penetrado al unir su intuición a los resultados de la observación objetiva —sumando los valores determinantes de su adversión ante la injusticia a la verdad de la explotación de muchos en beneficio de pocos—, ella gira ansiosamente hacia las direcciones formales en que marchan o decían marchar los grupos políticos que monopolizaban la actividad nacional en ese terreno. Sin la menor vacilación, porque su condición de “pueblo” la impulsa decisivamente hacia los grupos opuestos, deja a un lado los grupos tradicionales del conservadorismo y la oligarquía en su búsqueda ansiosa de un frente desde el cual quemar sus anhelos de comba-

tir. ¿Qué puede esperar de la oligarquía quien aspira a sumar su esfuerzo al de todo el pueblo en las lides de la liberación social? Para Eva Perón, que había hecho conciencia del proceso de explotación capitalista y había incorporado ese proceso a la repugnancia instintiva que sentía ante la injusticia social, la oligarquía era la antítesis de su sueño. Representaba todos los obstáculos a vencer, todos los muros a saltar, todas las fortalezas a reducir en la epopeya que habría de dar un día, a nuestro pueblo, las riendas de su propio destino como colectividad nacional. Y por refracción lógica, miró esperanzada hacia el otro grupo de trincheras que fingían un objetivo popular en la arena de las justas políticas argentinas.

ARG Su prensa fué el primer contacto logrado con el contenido real de los grupos que se decían portadores de las perspectivas de salud popular. “Un día me asomé, por curiosidad que derivaba de mi inclinación, a la prensa que se decía del Pueblo. Buscaba una compañía. ¿No es acaso verdad que casi siempre, en los libros y diarios que leemos, buscamos más una compañía que un camino para recorrer y un guía que nos conduzca? Por eso, tal vez, leí la prensa de izquierda de nuestro país; pero no encontré en ella ni compañía, ni camino y menos quien me guiase.”

“Los *diarios del Pueblo* condenaban, es verdad, al capital y a determinados ricos con lenguaje duro y fuerte, señalando los defectos del régimen social oprobioso que aguantaba el país. Pero en los detalles y aun en el fondo de la prédica que sostenían se veía fácilmente la influencia de ideas remotas, muy alejadas de todo lo argentino; sistemas y fórmulas ajenas, de hombres extraños a nuestra tierra y a nuestros sentimientos.”

En este pequeño párrafo de *La Razón de mi Vida* está encerrado todo el tesoro maduro de la intuición que caracteriza a Eva Perón a lo largo de toda su trayectoria. Frente a la prensa vocinglera del izquierdismo —que habría de unirse después, como hermano siamés al imperialismo para el intento de cerrar el paso al Pueblo que llevaba a Perón al poder legal—, Eva Perón intuye, y lo expresa con claridad meridiana, cuál es la razón que la desvía de sus complicaciones alambicadas. No se deja engañar por la prédica anticapitalista formal de sus voceros. Para ella, que desprecia a la oligarquía y que la responsabiliza por el tremendo delito de injus-

ticia que sufren todos los argentinos, el cebo debía resultar tentador. Y es indudable que se tentó. Pero la intuición la salva del tremendo error. La ausencia de espíritu, de inspiración nacional en la prensa de izquierda repugna a su espíritu. Y la duda que ello determina no es de orden intelectual, compatible con el seguidismo de una idea que halaga, por otro ángulo, su decidido antioligarquismo. Esa duda configura una "angustia". Una angustia que es totalmente incompatible con los fundamentos irrenunciables para el cumplimiento de "su tarea". Porque Eva Perón, entonces, ya tiene "una tarea suya", propia, inseparable de su vida emocional ciudadana. La causa del Pueblo. "Se veía bien claro que lo que ellos deseaban para el pueblo argentino no vendría del mismo pueblo. Y esta comprobación me puso de inmediato en guardia", dice en su autobiografía Eva Perón.

Maravillosa observación: toda la tragedia de los seguidores del izquierdismo, como solución popular, en nuestra América —y ahora ya se ve que también en el mundo— procede de un hecho que desvirtúa e invalida toda posibilidad de construir, por ese camino, la felicidad del Pueblo. Ese hecho está en la subestimación del "problema nacional" para los voceros del colectivismo. Su internacionalismo, apenas aparente, es en la práctica un nacionalismo feroz y agresivo que niega a todos los demás nacionalismos el derecho a la autodeterminación. Empeñados en dominar, como grupo "monopolista de la verdad" y, por ende, como minoría terrorista desde el poder conquistado en nombre de los derechos económicos, sociales y políticos de todo el Pueblo, la presencia de éste en el ágora de las soluciones concretas les atemoriza y estorba. De ahí su odio a todo "sentimiento nacional consecuente y activo", su temor ante toda "valoración o revaloración de lo propio" como factor determinante en la acción conjunta y su reincidencia en la suma de cualquier apéndice peyorativo a la palabra "nacional". Para los que esperan desde ese sector diminuto de la acción política americana la proximidad del poder, todo nacionalismo es "reaccionario". Para los que han conquistado el poder, allá a la distancia, todo nacionalismo es "burgués".

Esta realidad, que el mundo de la postguerra descubrió en la espiral angustiosa de las luchas interimperialistas planteadas a nuestra época, los unos en nombre de "la liberación de los pueblos" y

los otros en nombre de la civilización —dos banderas igualmente falsas y solo destinadas a ocultar las ansias de dominio de los grupos en pugna—, se reveló en plenitud ante el espíritu de Eva Perón. Y nada hay de milagroso en su hallazgo. El factor formativo esencial de su personalidad, la indignación ante la injusticia, no es en ella una abstracción. Está tan íntimamente ligada a la existencia del Pueblo, a la vida de "tanto pasto inferiorizado por tan pocos árboles", a las bases del orden social soportado por la mayoría, que nada que pueda subsanarlo podría concebirse al margen de esa misma mayoría. Para ella la Patria —fuerza incontaminada sostenida empecinadamente por el Pueblo que unía en sus esperanzas la idea de la propia liberación a la de la grandeza colectiva, es decir, a la de la grandeza nacional— nada tenía de común con la explotación y con la negación sufrida por el Pueblo. Patria y Pueblo eran valores paralelos y constantes que habían sido separados por la reacción. Unirlos una vez más, esta vez para siempre, era en su síntesis estricta la definición más clara y concisa de una "revolución". Y ésta no podría nacer jamás del ámbito donde la Patria era negada. Porque negarla era negar al Pueblo en su fuerza vital.

* * *

El tercer factor llega después. Y parece venir a demostrar la justeza de esa definición de la casualidad que sostienen los dialécticos. Para ellos "la casualidad es la forma de ser de la necesidad en un mundo desorganizado".

El mundo de Eva Perón, en ese instante, era la síntesis misma de la desorganización. Su composición nos da la medida de la angustia que debió padecer quien como ella se vió triturada entre sus mandíbulas. De un lado la oligarquía y su secuela de entregas parciales sin solución de continuidad; del otro los "salvadores" carentes de la mínima solidaridad por el pueblo trabajador. "Me resigné a ser víctima", exclama en su desesperación Eva Perón al comprobar que su indignación ante la injusticia, su decisiva vocación por la causa de los desamparados, sólo la podría llevar a la más íntima rebeldía personal, sin posibilidad concreta de expresar esa rebeldía como fuerza social entre la maraña de una "oposición" que exhibía el mismo pecado original que la oligarquía: su desprecio

por el Pueblo, por lo propio y sus ansias incontenidas de explotarlo a su vez.

Ese tercer factor es el encuentro de ella con Perón, que es también el encuentro del Pueblo con su Líder, porque Eva Perón está en las vanguardias combativas de la nacionalidad. Nadie mejor que ella misma para definirlo en su total trascendencia. "Cuando la segunda guerra mundial aflojó un poco la influencia de los imperialismos que protegían a la oligarquía entronizada en el gobierno de nuestro país, un grupo de hombres decidió hacer la revolución que el Pueblo deseaba. Aquel grupo de hombres intentaba, pues, el camino nuevo; pero después de los primeros encuentros con la dura realidad, la mayoría comenzó a repetir como en otras "revoluciones"... y la Revolución fué quedando en medio de la calle, en el aire del país, en la esperanza del Pueblo, como algo que todavía era necesario realizar.

"Sin embargo, entre los gestores de aquel movimiento, un hombre insistía en avanzar por el camino difícil. Yo lo veía aparecer desde el mirador de mi vieja inquietud interior. Era evidentemente distinto de los demás. Otros gritaban "¡fuego!" y *mandaban* avanzar; él gritaba "¡fuego!" y avanzaba él mismo, decidido y tenaz en una sola dirección, sin titubear ante ningún obstáculo. En aquel momento sentí que su grito y su camino eran mi propio grito y mi propio camino. Me puse a su lado; quizá ello le llamó la atención, y cuando pudo escucharme atiné a decirle con mi mejor palabra: Si es, como usted dice, la causa del Pueblo su propia causa, por muy lejos que haya que ir en el sacrificio no dejaré de estar a su lado hasta desfallecer."

Así sintetiza Eva Perón su "día maravilloso". Tierna y sencillamente, como un episodio más de esa lucha sin cuartel librada por el Pueblo y por Perón para devolver a la Patria su luminosidad al dar al Pueblo la libertad integral. Su vida —porque su vida comienza entonces— habría de demostrar a Eva Perón que, efectivamente, la causa del Pueblo era la causa del Conductor. Y ella habría de demostrar a su época que estaría a su lado —construyendo febril— hasta desfallecer.

SEGUNDA PARTE

LA valoración, en moldes integrales, del esfuerzo de Eva Perón por su autoformación inicial presupone un análisis en que este milagro de conservación de la personalidad se plasmó, sin perder ninguna de sus características de "pueblo", aunque ese análisis sea apenas somero. La gravitación del medio sobre el hombre es una ley natural que señala un hecho comprobable en relación a las mayorías, a lo largo de todo el curso del desarrollo histórico de la sociedad. El mundo circundante determina, en una proporción superior, las características del ser y actúa sobre él como factor formativo y determinante de ideas y costumbres, como razón nutricia de la creación de *valores* y *verdades* y como fundamento mismo de la concepción de moral, de relaciones sociales, de esperanza y de fe en un determinado porvenir, visto ya como objetivo superior y condición de la propia realización.

Sin embargo, pese a la tremenda influencia del medio, los hombres *hacen* su propia historia. Y la hacen a través de sus tipos representativos que, porque se adelantan generalmente a su época, resultan, a la postre, los que sienten menos o como razón determinante en menor proporción la influencia del medio sobre su propio "yo". Toda revolución es un salto en el que las leyes de la transformación de la cantidad en calidad empuja al hombre hacia "lo que ha de ser", pero "no es aún", es decir, hacia donde no puede saltar aún la mayoría sin poner en peligro la estabilidad y la continuidad de la especie. Por eso socialmente, es decir, en su conjunto, los hombres siguen en la historia los caminos que les señalan sus pioneros, sus mártires y sus héroes.

A esta raza pertenece Eva Perón. Y ello permite que el medio influya sobre ella —sobre su formación, sobre sus concepciones de

la moral y de la responsabilidad— en menor proporción que sobre la generalidad, capacitándola para tirar por la borda, como lastre inútil, sus mentiras convencionales y atreverse a mirar la realidad frente a frente, eligiendo luego su lugar en la trinchera de los que luchan por la superación de la totalidad.

Ese medio no era, ciertamente, propicio a la solidaridad políticosocial. La atmósfera de la República en el lapso que va de 1930 a 1943 —años básicos en la autoformación de Eva Perón— es de una chatura infinita. No hay un solo partido político, desde la extrema derecha a la extrema izquierda, que no hubiera sido desmascarado, reducido a su real proporción de instrumento mayoritario o minoritario de una demagogia barata y formal por los acontecimientos de 1930 y por sus consecuencias en el orden políticosocial.

La extrema derecha, y la media también, capitalizando el golpe militar del general Uriburu y despojándolo de todo posible contenido renovador por la asfixia de toda innovación, por sencilla que fuera, en las mallas de una red de intereses políticos de campanario, capa de barniz con que se cubría la reacción interna, el semifeudalismo reinante en la estructura nacional y sus aliados imperialistas del capitalismo colonizador, estaba metida hasta los tuétanos y confundidos y fundidos con los obstáculos esenciales opuestos a toda marcha del Pueblo hacia un estado políticosocial superior.

Los derechos políticos y ciudadanos integrantes de la letra de la Constitución Nacional, no tenían vigencia en el plano de la realidad. Las elecciones posteriores a 1930, como las que habían antecedido al golpe militar de septiembre que liquidó el poder de los explotadores de la ancianidad de Yrigoyen, fueron tan fraudulentas y mentidas como todas las que ensombrecieron, a su turno, la perspectiva electoral argentina a lo largo de toda la etapa trillada desde 1853. El unicato seguía manteniéndose con todas las características de los viejos gobiernos conservadores que culminaron en el período del general Roca. El proceso de hidrocefalia del conservadorismo argentino había seguido manifestándose a cada nuevo año con nuevos síntomas de gravedad. A medida que crecía su cabeza ostensiva por la incorporación de nuevos hombres al festín de canibalismo en que se consumía el patrimonio de la Nación, en la mesa servida al imperialismo, su base —digamos de masa para

definir al grupo que votaba a cambio del vino y la empanada tradicional— se reducía. De 1930 a 1935 ya no quedaba ni vestigio de aquel delgado cordón umbilical que unía la cúpula conservadora al cuerpo electoral de la nacionalidad. Era una cabeza; una monstruosa cabeza voraz en la que la boca ávida se destacaba con tremenda claridad. Su programa era el poder por el poder mismo, es decir, el poder como instrumento de hegemonía integral sobre la vida de la Nación y como ganzúa para abrir los cofres de las reservas de riqueza existentes en el territorio y en el trabajo argentino.

R G E N T I N A EL CENTRO DE LA POLITICA NACIONAL A R G E N T I N A

El centro de la política nacional no difería mucho en su contenido de la extrema y media derecha del cuadro bosquejado en el párrafo anterior. El radicalismo, muerto su único conductor con sentido de pueblo que fué Yrigoyen, marchó a la deriva por el mar de la piratería política electoral, como despojo ofrecido a todos los aventureros del momento. Pese a su cacareo de “partido mayoritario”, no representaba más que los apetitos de un grupo de acomodaticios dispuesto a traficar con el viejo prestigio de “enemigos jurados de la oligarquía” conquistado a principio de siglo por los hombres de un partido que se prostituyó al contacto del poder como la fruta madura se pudre al contacto del canasto.

En él no restaba un solo ápice del contenido popular que alcanzó, allá por la primera década del siglo, cuando se ensayaban en la gimnasia de la oposición a la oligarquía, los golpes que habría de asestarle desde el poder conquistado con la ley del voto secreto. Esos golpes soñados por la gran masa radical no se dieron, sin embargo, al conservadorismo que sobrevivió —y de qué manera tremenda!— al triunfo radical que dió al país el primer gobierno de Yrigoyen. Las “trenzas” se encargaron de actuar como amortiguadores en las nuevas relaciones que el Pueblo tenía derecho a esperar entre vencedores y vencidos, entre burladores de la voluntad popular durante setenta años y sus presuntos enterradores del radicalismo.

Esas relaciones fueron, en el fondo, de fraternidad. Y no podía ser de otra manera. La diferencia real que separaba al conser-

vadorismo en el llano del radicalismo en el poder era nada más que de rótulo. Ambos se singularizaban por el común denominador de su desprecio por el Pueblo, por su absoluta indiferencia ante su suerte real, por su incapacidad intrínseca para promover su felicidad y consolidarla mediante una nueva legislación de contenido social, capaz de llevar a nuestro país a las vanguardias de la humanidad avanzada y progresista.

El radicalismo, pese a su vocerío renovador, no aspiraba a avanzar por la senda de las conquistas populares de carácter económico y social. Para ellos todo el problema se reducía a que el Pueblo pudiera penetrar en el cuarto oscuro sin que los matones electorales lo obligaran a votar cantando o les secuestraran las libretas para votar en su lugar. Fuera de cierta voluntad de "elecciones limpias" —teóricamente hablando—, el radicalismo no tenía, como partido, otra reivindicación. No importaba que los salarios de hambre se perpetuaran, que la subalimentación arrasara con la niñez del Norte y del Sur, que el Consejo Nacional del Trabajo resultara una mascarada de organismo destinado a hacer cumplir al pie de la letra la parca legislación social existente. Con sus grandes frases huecas sobre la legalidad, la libertad, los principios y las "herencias" democráticas y populares —dilapidadas de inmediato al contacto del poder—, el radicalismo, que se constituía en el centro de la política nacional, no era más que un agente más del imperialismo absorbente y un instrumento propicio al retorno del conservadorismo explotador.

LA EXTREMA IZQUIERDA Y SUS COLATERALES

Hemos visto de una manera sintética los trazos característicos y profundos del contenido de la extrema derecha, la media derecha y el centro de nuestra política nacional. Todo ese ancho grupo de intereses egoístas en acción estaba unificado por un trazo común: su servilismo al capitalismo internacional, que buscaba afanosamente mercados de materias primas baratas y mercados de consumo a precios astronómicos de su producción industrial, multiplicada al calor de la primera guerra mundial.

El análisis de la extrema izquierda de ese panorama y de sus manifestaciones colaterales resulta, en síntesis, más desolador aún

que el cuadro de la fracción derecha. El izquierdismo estaba representado, en el medio que no logró impedir la formación popular, nacional y revolucionaria de Eva Perón, por el comunismo y por el socialismo. El primero, desde su fundación en nuestro medio, había levantado las banderas de la "revolución agraria y antiimperialista" como panacea capaz de solucionar todos los males que agobiaban a nuestro pueblo. Su meta era el "soviet", nombre que pronunciaban sus adeptos con el mismo tono con que las viejas sociedades tribales evocaban sus "totems" y "tabús". Esta característica mostraba el contenido real de toda su ideología de claro sabor foráneo y sin contacto alguno con nuestra realidad. Para ellos el proceso de la revolución que habría de dar a los argentinos su autodeterminación nacional en todos los ámbitos —el económico, el político y el social— no presuponía la supremacía de los ideales nacionales, de la concepción nacional de la convivencia social, de la realidad nacional en materia de organización política. Para ellos la revolución o era prefabricada en los alambiques de Moscú o era sencillamente una contrarrevolución disfrazada con dominó revolucionario.

Tal tesitura los llevaba, necesariamente, a la subestimación de lo nacional y, por ende, a confundirse con sus enemigos formales del imperialismo, enemigos nada más que formales pero realmente sus aliados en los hechos. Tal tesitura los llevaba, necesariamente también, a la indiferencia ante la suerte del Pueblo como pueblo mismo; es decir, en la expresión total de sus clases sociales no ligadas directamente a la reacción y al capitalismo colonizador. Tal tesitura, finalmente, los colocaba inexorablemente en la línea de los grupos de la reacción interna e internacional, ya que la subestimación de lo nacional y la indiferencia por la suerte del pueblo —so pretexto de sacrificarse por una fracción de él, el proletariado— correspondía a la síntesis misma de las posiciones sostenidas por la reacción: el desprecio al Pueblo de parte de la oligarquía y el desprecio a lo nacional, a lo específicamente nuestro, por parte del imperialismo.

Este contenido antiargentino, que habría de traducirse directamente en posiciones contrarrevolucionarias reiteradas, afloró a la realidad apenas los acontecimientos ulteriores —polarizando las fuerzas de la reacción y de la revolución— las llevaron a enfrentar-

se en campos claros, iluminados por la luz de los cien días que precedieron al 17 de octubre de 1945. Los dos grupos antagónicos se definían por sí mismos. De un lado estaba el Pueblo, teniendo a su cabeza a Perón y dispuesto a proceder al reordenamiento económico, político y social del país. Del otro lado estaban la reacción y el imperialismo, rodeados por sus lacayos consecuentes, dispuestos a impedir esa renovación nacional. Y entre ellos, en primera fila, abrazado emocionadamente a Braden, viendo en él al “salvador de la democracia social argentina”, figuraba por todos sus dirigentes, aunque la masa partidaria los hubiera abandonado asqueada ante su traición, el Partido Comunista argentino.

Esta consecuencia repugnante de una falsa concepción de lo nacional que exhibió el comunismo argentino en 1945 —y que conserva hasta la actualidad como la herencia maldita que le legaron sus dirigentes por la incapacidad política que lo caracteriza en todo su desarrollo, desde su fundación— había sido intuída por Eva Perón. Para ella resultaba inconcebible una revolución venida de “afuera y creada por hombres extraños a nuestra manera de ser y de pensar”. Y agregaba más adelante, ante el espectáculo observado: “Yo sólo podía concebir soluciones caseras, resolviendo problemas a la vista; soluciones simples y no complicadas teorías económicas; en fin, *soluciones patrióticas, nacionales, como el mismo pueblo que debían redimir.*”

“Soluciones nacionales como el mismo pueblo que debían redimir”. Esta era la síntesis real de su pensamiento, de su intuición, de sus anhelos. Pero esta síntesis estaba tan lejos del comunismo como lo está, en la escala zoológica, el infusorio inicial del chimpancé. Y el comunismo marchaba, por ello, por los senderos que llevan a la complicidad con el colonialismo, como habría de demostrarse cínicamente en 1946.

LOS COLATERALES VERGONZANTES

Desde fines del siglo pasado, el Partido Socialista argentino había levantado las banderas de la 2ª Internacional en nuestra capital. Jamás llegó, ni en sus épocas doradas, a constituir la sombra de un partido nacional con militancia en la mayor parte del territorio argentino. Su existencia se ligó, fundamentalmente, al centro urba-

no por excelencia, a Buenos Aires, y el Gran Buenos Aires después. Pero esta realidad nada tiene de común con su espíritu de ciudadanía. Es su contenido de “secta” el que lo hace buscar los recovecos de la demografía en su expresión numérica superior para vegetar y vivir.

Desde su fundación se caracteriza por una verbosidad infatigable y tan vacía como su programa real. Para el socialismo amarillo la causa del Pueblo está íntimamente ligada a su triunfo en la arena electoral. Toda su prédica busca ese objetivo, aunque los disfrace con una falsa preocupación por los problemas sociales en sí. El quiere bancas en el Parlamento y nada más. Bancas para presentarse, desde un escenario mayor y más elevado, ante el público de papanatas que lo siguen y desarrollar, desde él, la comedia de su lucha contra la reacción, el feudalismo y sus cómplices del capitalismo internacional.

Es, en su representación, en su forma y en su lenguaje, un partido de “magisters”, de maestros ciruela convertidos en pitonisas del devenir social del país, con fórmulas tan importadas como las del comunismo y con objetivos que los identifican a los agentes de Moscú. Porque los socialistas aspiran, por sobre todas las cosas, a las bancas parlamentarias, aunque para ello hayan de traicionar a sus teóricos de la lucha de clases, a sus voceros sindicalistas, a sus vanguardias vocingleras y obreristas de un obrerismo sin contacto tampoco con la realidad nacional.

Su falta de pasión popular no necesitó la prueba de los nueve de los acontecimientos que culminaron el 17 de octubre de 1945 para mostrarse ante el Pueblo en toda su desnudez. Apenas el conservadorismo volvía al poder a raíz del golpe militar de 1930 y se planteaba al electorado del país la legalización del atropello por medio de unas elecciones prefabricadas por la oligarquía a través de su representación más escandalosa y venal, el socialismo, por su rama “independiente”, se convirtió en el cómplice por excelencia de la reacción. Desde entonces todos los “principios” cayeron por la borda. Y juntamente con los conservadores, los radicales, los comunistas y los ubicuos demócratas progresistas que restaban aún, formaron en la tripulación pirata que comandaba Braden, para torpedear las ansias de dignificación nacional y social que Perón había

inculcado a los argentinos desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Social.

Tal era, en su síntesis más estricta, el medio en que llevó a la práctica su autoformación Eva Perón. Y esta síntesis no tiene más objeto que establecer un hecho trascendente y sólo concebible en los espíritus de la más pura y amplia magnitud. La incapacidad de ese medio asfixiante para contaminar de derrotismo, de oportunismo, de arrivismo a Eva Perón.

DE LOS DIAS DE LA DERROTA A LOS DIAS DE LA EPOPEYA POPULAR

En los primeros días de octubre de 1945, integrada totalmente en el Pueblo que se había encontrado a sí mismo al encontrar a Perón, Eva Perón asistió al drama del día 9. Desde ese día hasta el 17 vive su doble tragedia, como ciudadana y como mujer, pero el dolor, como en los fuertes, no la lleva a la pasividad, sino que acrecienta sus ansias de lucha. La inicia por lo alto, donde hombres que disponen aún de partes esenciales de poder le niegan toda cooperación. Perón es la revolución, y a la revolución hay que detenerla, para que los traidores a la causa gocen tranquilos de las posiciones conquistadas en nombre del Pueblo y de los intereses de la nacionalidad. Pero ellos no eran ni tenían nada de común con el Pueblo. Este tascaba el freno, pero lo hacía para que el impulso fuera mayor, mayor la potencia de la marcha cuando iniciara la carrera. "A medida que iba descendiendo desde los barrios orgullosos y ricos a los pobres y humildes, las puertas se iban abriendo, generosamente, con más cordialidad", dice Eva Perón en su autobiografía. Y prosigue de inmediato: "Esto fué lo peor de mi calvario, por la gran cobardía. La cobardía de los hombres que pudieron hacer algo y no lo hicieron, lavándose las manos como Pilatos, me dolió más que los bárbaros puñetazos que me dieron cuando un grupo de cobardes me denunció gritando: "¡Esa es Evita!"

Para Eva Perón, el dolor es el trazo de unión que la mantiene, desde la niñez, sólidamente unida a su pueblo. Y no hay en su concepción de esa unidad por el dolor —la injusticia engendra siempre el más doloroso de los dolores— ni una pizca de pesimismo, de re-

signación, de entrega como una cosa más al azar y a los acontecimientos. Su energía le dice que la historia la hacen los hombres y que la acción supera siempre las contingencias que parecen naturales a condición de que esa acción influya y dinamice a todo el pueblo. Y ella busca a su pueblo en el peregrinar que comienza el 9 y que sólo termina en la tarde histórica de la Plaza de Mayo de aquel 17 de Octubre cuando el Pueblo —que ya era Pueblo con mayúscula— reconquistó a Perón.

Para ella, esa tarde encarnaba la culminación de las luchas de toda su vida. Allí estaba, derramado como un mar, el instrumento específico de la liquidación de todas las injusticias sociales: el Pueblo. Para ella allí estaba la clave en el replaneamiento de esa mentira convencional que sostenía la moral de la existencia de ricos muy ricos en pequeña proporción frente a pobres muy pobres en proporción astronómica: el Pueblo.

Eva Perón, que se había preparado durante toda una vida para vivir integralmente la etapa luminosa de su construcción social, comprendió aquella tarde que el germen de la reivindicación de los oprimidos, ese germen de libertad en la multiformidad de la vida de relación —en lo económico, en lo político y en lo social—, que ella había intuído primero, comprendido después por el razonamiento lógico y fundido en un solo valor normativo de su formación, se había agigantado y ya no era un germen más, esperando en la obscuridad de las luchas sordas la luz del sol de la conciencia popular. Allí estaba todo el pueblo. Centenas de millares de trabajadores. Las plazas, las calles, las avenidas los veían pasar, en prietas columnas combativas. Era el ejército de la solidaridad al que la reacción, parapetada tras los achaques de los miembros de la Corte Suprema, llamó "descamisados", pensando insultarlos y otorgándoles un título de honor en la historia de las luchas sociales que impulsan a la humanidad hacia formas más perfectas de convivencia nacional e internacional.

Caía la tarde cuando Perón, libertado, surgió en los balcones de la Casa Rosada. Eva Perón unió en aquel instante su voz a la catarata inmensa y sonora que saludó, desde lo más íntimo del júbilo popular, su aparición en los balcones. Medio millón de pañuelos empapados en el sudor de la marcha de toda la jornada, un millón de brazos jubilosos y quinientas mil cabezas levantadas

orgullosamente ante el porvenir, saludaron al Líder. Y apenas oyeron su voz, que les hablaba de tranquilidad y confianza, de trabajo y de orden, de fraternidad y de entereza, la multitud recuperó su aparente inmovilidad. El mar de hombres, mujeres y niños recorrió en sentido inverso el camino que había emprendido al amanecer del día de su epopeya. El centro de la Capital, orgulloso y asfaltado, volvió a recobrar la calma. La vida "normal" —esa vida basada en la explotación de los más por los menos y en la supremacía de los privilegios sobre los derechos— pareció renacer en los carteles luminosos de los espectáculos convencionales. Pero sólo pareció renacer. Porque el 17 de Octubre se inicia la era del peronismo, y el peronismo habría de barrer todo un mundo de injusticias desde la magnitud de los dos brazos ejecutores que el Pueblo se dió tras su triunfo electoral de febrero, que fué la reiteración de su jornada revolucionaria de octubre: la justicia social de Perón y la ayuda social de Eva Perón, que iniciaba *así su vida*.

EL DILEMA DEL DESTINO Y LA RESOLUCION DE EVA PERON

El período que abarca desde el 17 de octubre de 1945 al 24 de febrero de 1946 señala un instante trascendente en la vida de Eva Perón y en la elección de los cauces por los que habría de desarrollarse. El conglomerado reaccionario que se forma de inmediato bajo la dirección y por iniciativa del imperialismo, personificado por Braden, cuyo objetivo es alcanzar por la vía electoral lo que no había logrado por la vía terrorista y golpista del 9 de octubre —la liquidación de Perón y del peronismo naciente—, sólo logró crear un fenómeno de espejismo para sus mismos organizadores. Para Eva Perón los dados estaban lanzados y el triunfo del Pueblo se aseguraba por la movilización a que todo él procedió de inmediato. Los partidos tradicionales o seudotradicionales habían perdido ya, al contacto de la jornada candente del 17, toda su base de masas. La "Unión Democrática" no era más que el *aglutinamiento, bajo el látigo de Braden, de las direcciones partidarias de los políticos que habían perdido sus electores*. Era, en síntesis, un estado mayor sin ejército, una cúpula sin base, un techo pintado de color de dólar sin paredes que lo sustentaran.

El triunfo del Pueblo sería, apenas, una consecuencia natural y lógica de su propia capacidad de organización, pero el triunfo del Pueblo estaba asegurado. Lo que quedaba por dilucidar era nada más que las proporciones de ese triunfo. A una capacidad organizativa mayor correspondería un índice superior del triunfo peronista; a una capacidad de organización menor, un índice inferior en los cómputos del triunfo. Pero el triunfo siempre y fuera de dudas y de lugar a ellas.

Tal perspectiva, que no tenía misterios para Eva Perón, porque ella había participado directa y decisivamente en la preparación y triunfo del 17 de Octubre, le planteaba un dilema. El dilema de la elección del cauce de su vida ulterior. Ella intuía que el triunfo próximo no significa la terminación de la lucha, sino su agravación progresiva. Ella sabía que el triunfo electoral en ciería no podía ser considerado más que como el factor que ofrecería condiciones favorables para proceder al reordenamiento nacional y que éste no se realizaría sin tener que destrozarse los dispositivos opresores de la oligarquía y sus aliados del interior y del exterior. Ella sabía que la vida que iba a comenzar —su vida al fin!— no le iba a permitir el desdoblamiento de su espíritu en dos partes equidistantes: la una totalmente entregada a su condición de compañera y discípula del Presidente de la Nación, la otra de parte integrante y dinámica del ejército de descamisados que sería la palanca con la que el Conductor tiraría por la borda del país el lastre de las viejas concepciones rutinarias para ofrecer al Pueblo la espléndida realidad de las reformas estudiadas en el orden político, económico y social que aseguraran, con el bienestar de los argentinos, la grandeza nacional.

Eva Perón, entonces, miró hacia su pasado y desentrañó de él su porvenir. En su espíritu superior y solidario con el Pueblo, con los humildes, con los niños y con los ancianos —con todos los que padecían sed de justicia, apetencia de amor—, ese porvenir estaba directamente ligado a la acción colectiva, al logro de derechos, a la satisfacción de las necesidades básicas del Pueblo. El momento nacional entroncaba por fin con el momento histórico del mundo, que proclamaba por la boca de las multitudes insatisfechas la moral de la supremacía de las mayorías trabajadoras

y de sus derechos esenciales sobre las minorías parasitarias y sus privilegios ilegítimos e inmorales.

Para Eva Perón el peronismo naciente tampoco era un misterio. Lo intuía y lo *iba forjando con Perón* en la labor diaria y agotadora que compartía con el Líder en el período de la lucha por la organización del Pueblo frente al proceso electoral. Para ella, en lo político, la nueva etapa nacional presuponía la más amplia participación popular en la solución de los grandes problemas de la ordenación nacional. Las nuevas fuerzas políticas puestas en marcha por Perón tendían naturalmente a barrer de la arena política a los caudillos entronizados por la reacción y el entreguismo. Allí se estaba gestando, tras la plataforma de reformas que encarnaba Perón —y que había anticipado desde la Secretaría de Trabajo y Previsión—, el gran movimiento nacional-progresista que impulsaría al país por los senderos de su total autodeterminación.

Si ella antevía con claridad el contenido del peronismo en el ámbito de lo político, el área de lo económico no ofrecía dudas a su espíritu reivindicador. Eva Perón veía en el movimiento, en “su movimiento”, los factores determinantes de la nacionalización de las grandes empresas internacionales monopolizadoras de los servicios públicos, la penetración revolucionaria en el sector agrario, anticipada a través del “Estatuto del Peón”, la creación del mercado interno por el aumento de la capacidad adquisitiva del Pueblo, meta directa de la justicia social, la liquidación del semi-feudalismo que nos oprimía y la transformación, por ello mismo, de las riquezas potenciales mantenidas como reserva en nuestra tierra en riquezas constantes para servir al bienestar nacional. Y más aún: el peronismo, para Eva Perón, era en esencia la justicia social, es decir, la superación de las viejas y polvorientas relaciones entre el trabajo y el capital, tomando en consideración las peculiaridades económico-político-sociales de nuestro país y nuestra época, y entroncándolas al imperativo de nuestro pueblo: sus anhelos de una vida mejor y más digna de la condición humana.

Ella, que se había conservado *Pueblo* en su total autenticidad, sabía también qué esperaba el Pueblo de su Conductor. Esperaba, en primer término, una lucha sin cuartel contra todas las injusticias que prevalecían en las relaciones entre los argentinos como personas y los argentinos como expresión de situaciones econó-

micas. Esperaba de él una lucha a muerte contra los fantasmas del hambre y de la desocupación que se insinuaban en el horizonte de la postguerra, en todo el orden mundial. El Pueblo esperaba de Perón una acción enérgica y directa, amplia y consecuente, contra el analfabetismo, contra el olvido de la infancia, contra los resabios semif feudales, contra la gran propiedad improductiva, contra el imperialismo absorbente, contra la demagogia oligárquica, contra los privilegios. El Pueblo esperaba de Perón —y Eva Perón lo conocía a fondo y en carne propia— el milagro de proveer a la unidad nacional para que, en una sola línea, obreros, empleados, patrones y propietarios progresistas y patriotas labraran la grandeza colectiva como base del bienestar personal de cada uno de ellos como sectores de una patria justa, grande y feliz.

La tarea era inmensa, y ella no concebía el porvenir sin participar activamente en ella. Sabía que el camino era áspero y duro; que el esfuerzo que demandaba era inmenso. Sabía que en esa lucha se deja por el camino, hecha jirones, la vida propia y la de los seres que se quiere más. Pero Eva Perón sintió siempre, por sobre todas las cosas, el deber de luchar. Y se aprestó a hacerlo junto a Perón sin medir sacrificios. ¿Acaso no le había ofrecido mantenerse a su lado, en la marcha, hasta desfallecer?

Ya no existía dilema ante Eva Perón. Ella había elegido el camino que llevaba, por un sendero de luchas sin cuartel, hacia el sacrificio supremo. Junto al Pueblo, sin separarse jamás de él, sin ahorrarse ninguna carga para que el Pueblo pudiera marchar más libremente, más alegremente, más seguramente hacia la felicidad. Entonces nació en su espíritu aquella heroica concepción del deber que más tarde habría de sintetizar en su frase famosa: “Prefiero ser Evita a ser la esposa del Presidente de la Nación si con ello alivio un dolor o una angustia de mi pueblo”.

Entre la “vida de sociedad” y la “vida social”, eligió la segunda. Aunque tuviera que quemar en ella su vida, aunque tuviera que ir dejando a jirones, por el camino, su espléndida juventud. Aunque la llama de la pasión por el Pueblo y por los humildes la transformara en un volcán abrasador.

Y es que Eva Perón no concebía la vida al margen del Pueblo y de otra manera que como la más apasionada, la más dinámica, la más realizadora de las colaboradoras de Perón.

“Si su causa es la causa del Pueblo, por muy lejos que haya que ir en el sacrificio, no dejaré de estar a su lado, hasta desfallecer”, había dicho en aquel su día maravilloso al Conductor que marchaba al frente de las vanguardias que iban forjando el porvenir. Su marcha junto al Pueblo y a Perón la entronizó, para siempre, en el corazón de nuestras multitudes.

Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso

TERCERA PARTE

La vida de Eva Perón recuerda la síntesis napoleónica de los genios. Decía el Corso que el genio es “el meteoro que se quema para iluminar un siglo”. Y Eva Perón tuvo mucho de meteoro, aunque superara en luminosidad —luz interior, luz hermosa, luz que no hierde— a quienes sólo han tenido los atributos de la genialidad. Ella tenía otras virtudes, otros valores trascendentes, hondamente humanos, y que provenían más del espíritu y del corazón que de la mente.

Su pensamiento fué claro y conciso. Odió las formas alambicadas y buscó siempre expresarse en el lenguaje llano y profundo con el que el pueblo cuenta, entre iguales, sus tragedias y sus triunfos, sus derrotas y sus esperanzas. O expresa sus amores solidarios y sus desprecios hacia los indignos del afecto popular. Una serie breve de citas ilustra mejor que muchos adjetivos y análisis de forma la claridad y concisión de su pensamiento de polígrafa. Porque Eva Perón era, esencialmente, polígrafa. Y eso se explica con naturalidad. Su palabra, como sus escritos, estaban íntimamente relacionados con problemas concretos y diarios, con actitudes y gestos naturales, con hechos y pensamientos colectivos. No necesitaba, pues, recurrir a la nebulosidad de las abstracciones para fijar sus estados de ánimo en la improvisación de la tribuna siempre abierta para su combatividad o en el artículo dictado a su corazón por la necesidad de encarar un hecho determinado o una posición política o social.

Cuando tiene que definirse a sí misma, se define “como pe-ronista apasionada”, es decir, intransigente ante cualquier desviación ideológica o práctica en la aplicación de la doctrina que forjaba con el Líder. Y no tenía obstáculos para explicar a su pue-

Biblioteca del
Congreso

Bibli

blo "por qué era peronista". En su análisis de las causas determinantes de su peronismo no hay una sola razón de tipo individual; hay, a montones, "razones sociales patrióticas". Y éstas son de tanto peso, que excluyen por sí mismas cualquier residuo de individualismo. "Soy peronista —decía— por conciencia nacional, por procedencia popular, por convicción personal y por apasionada solidaridad y gratitud con mi pueblo y hacia mi pueblo, vivificado y actuante otra vez por el renacimiento de sus valores espirituales y la capacidad realizadora de su jefe, el general Perón. Mi dignidad de argentina y mi conciencia de ciudadana se sublevó ante una patria vendida, vilipendiada, mendicante ante los mercaderes del templo de las soberanías y entregada, año tras año, gobierno tras gobierno, a los apetitos foráneos del capitalismo sin patria y sin bandera. Mi solidaridad con el pueblo, cuya callada epopeya he sentido en mi carne y he sufrido en mi sensibilidad, refirma mi peronismo. Porque he vivido los problemas del movimiento, su difícil gestación, su desenvolvimiento y la victoria final de la Revolución y porque he pulsado el amor apasionado que el general Perón alienta por su pueblo. Por eso me he convertido en un soldado humilde de esta causa, con una fe inquebrantable en el triunfo y un desec irrefrenable de quemar la vida para iluminar el camino de la liberación popular."

Palabras proféticas estas escritas por Eva Perón allá a mediados de 1947, cuando al definir la razón de su peronismo se definía a sí misma como mártir de su vocación solidaria. En ellas hay no sólo la claridad de las razones determinantes de su posición ideológica, política y social, sino la premonición de su martirio. Un martirio que aceptó sin fijar al destino otro plazo que el de dejar su obra consolidada. Su amor al Pueblo superaba su instinto de conservación. Para ella los años no correspondían a un número mecánico de días, sino al cómputo de la obra realizada. Un año en blanco no merecía figurar en el calendario de "su tiempo". Por eso llenó ese "tiempo social" con una suma de obras y de realizaciones que dan a su vida una extensión inimaginable. La que no tiene fin en el corazón del Pueblo que la venera.

Esa veneración, que resistirá a todas las pruebas del tiempo y del espacio —porque la luz que irradia Eva Perón, como la de los genios, ilumina el siglo de la total liberación de los argentinos,

es decir, todo su porvenir—, no se apoya tan sólo en la grandeza emocionante de su sacrificio sin par. Vive y alienta en las obras de la Jefa Espiritual de la Nación, en su palabra ardiente y rectora, en la serena claridad de sus juicios cuando debe juzgar y en la pasión de su maravillosa solidaridad con el Pueblo. Su juicio es tajante, lo mismo cuando tiene que definirse a sí misma que cuando tiene que definir los problemas básicos de la colectividad. No hay entonces artificio que la desvíe de su voluntad insobornable de veracidad y de concreción. "La felicidad de un pueblo, en cuanto a sus medios de vida se refiere —escribía polemizando en razón a la diferencia existente entre la limosna y la ayuda social—, se logra con una adecuada legislación en materia de *justicia social* y una equitativa distribución de la *ayuda social*. Porque resulta indudable que ésta es complemento de aquélla. La justicia social juega en el orden de los seres aptos para el trabajo. La ayuda social, en cambio, va dirigida a otro sector humano, que el Estado y la sociedad no pueden ni deben olvidar. Es un deber de solidaridad humana que supera todo prejuicio. No reconoce fronteras, razas ni religiones. Apuntala y preserva el derecho de vivir para aquellos que, por razones de edad, por causas de enfermedad o por incapacidad física, no son aptos para el trabajo. *No es limosna; es simplemente solidaridad humana*. La limosna, dada para satisfacción de quien la otorga, deprime y aletarga. La ayuda social, honestamente practicada, tiene virtudes curativas. La ayuda social, que mitiga necesidades, restituye a la sociedad, como elementos aptos, a los descendientes de los desamparados."

La aparición del descamisado en el panorama social argentino es saludada por Eva Perón como sinónimo de lucha, de reivindicaciones, de anhelos populares y de fuerza al servicio de ideales patrióticos y justos. Ella no albergaba dudas en cuanto a su contenido social; y para que éste se constituyera en un valor genérico, lo define en toda su extensión y su profundidad: "La significación social del *descamisado* surge de su condición de vanguardia de la nacionalidad. Entregado a la producción, lo mismo en el agro que en la fábrica y el taller, ha roto para siempre las cadenas que lo mantenían en el anonimato social. El descamisado ha dejado de ser elemento de explotación humana para convertirse en factor de progreso, de unidad nacional, de bienestar colectivo. En

esto reside su fuerza y su virtud. Su fuerza, porque responde a los imperativos políticosociales que valoran el papel de los trabajadores en la sociedad moderna. Su virtud, porque, para los desca- misados, sus propias reivindicaciones se entrelazan y se confunden con las necesidades presentes y futuras de la Nación. De ahí que la grandeza de la Patria se vaya elaborando por la dignificación del Pueblo.”

Ni uno solo de los grandes problemas colectivos fué dejado de lado por su pensamiento esclarecedor. El problema de la pro- ducción —el producir más para que a través de la justicia distri- butiva el nivel de vida general se elevara y ya no quedaran en nues- tro país sumergidos— encontró en Eva Perón a su intérprete de quilate superior. Para ella el *deber* de producir estaba basado en el *derecho* al consumo. “En este caso —reiteraba Eva Perón— la ma- yor producción es un deber y un deber fundamental de cada uno hacia la sociedad, hacia los suyos y hacia sí mismos.” Frente al problema de la niñez, su definición de la trascendencia que encie- rra es terminante: “El país que olvida a sus niños renuncia al por- venir”, aseguraba sin ambages. Para la mujer, en trance entonces de lograr sus derechos cívicos, advertía con entusiasta entonación: “Tenemos un destino grande, apasionado y feliz. Tenemos para conquistarlo y merecerlo tres bases insobornables, incommovibles: una confianza ilimitada en Dios y en su infinita justicia; una pa- tria incomparable a la que amar con pasión; y un Líder a quien el destino modeló para enfrentar los problemas fundamentales de la época y resolverlos en bien de la colectividad: el general Perón. Con él y con nuestro voto contribuiremos a la perfección de la democracia argentina.”

Su pensamiento, en la totalidad de expresiones combativas a que se dió, es hoy patrimonio del pueblo argentino. Fuente de inspiración que no se borra de la perspectiva social de la época y que se proyecta victoriosamente hacia el porvenir. Raíz nutricia de jornadas que han de consolidar definitivamente, siguiendo a Perón, los destinos de la Patria.

Su obra y su acción tienen un paralelismo ideal con su pen- samiento. Proclamó y concretó los derechos de la ancianidad; fun- dó los hogares-escuelas donde se forja la ciudadanía del porvenir.

Construyó policlínicos y casas-cuna. Se alzó ante la conciencia del país para lograr los derechos cívicos para la mujer. Fué, siempre y en toda oportunidad, un puente de amor tendido entre el Pueblo y Perón. Un puente de solidaridad que se prolongó en el panora- ma popular de nuestra América como expresión superior de su renacimiento social. Fué siempre Pueblo; Pueblo por su ternura, Pueblo por su fe, Pueblo por su lealtad, Pueblo por su infinita capacidad de sacrificarse por el bien común.

¿Pudo caberle, entonces, a alguien con más justicia el título indeleble de Jefa Espiritual de la Nación?



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Bibli

ARGEN

II

LA PASION PERONISTA
DE
EVA PERON



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



oteca del
Congreso

TINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso



Biblioteca del
Congreso



Bibli



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

*“Este peronismo mío se ha retemplado en la
lucha, se alimenta de ella y se afirma en la fe.
Tiene la fuerza incontenible de las causas
justas. Se ha forjado en la dignificación del
trabajo, en la humanización del capital, en
la protección del desvalido, en la prodigiosa
multiplicación de escuelas y hospitales, en la
potencialidad de las fábricas levantadas por
la Revolución, en las mejoras al obrero del
campo. Este peronismo mío se ha forjado y se
afirma en este mismo lenguaje del Pueblo
que choca y desagrada a los que usan el len-
guaje de la mentira coligada.”*

ARGENTINA

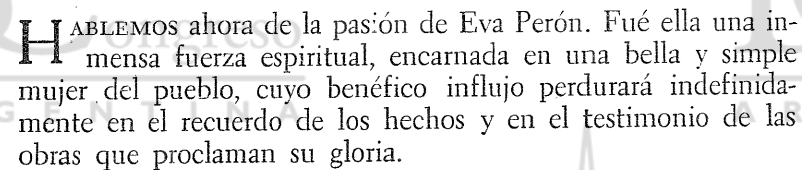
EVA PERÓN.



Biblioteca del
Congreso



Bibli



HABLEMOS ahora de la pasión de Eva Perón. Fué ella una inmensa fuerza espiritual, encarnada en una bella y simple mujer del pueblo, cuyo benéfico influjo perdurará indefinidamente en el recuerdo de los hechos y en el testimonio de las obras que proclaman su gloria.

La pasión podría definirse como un arrobamiento e impulso a la vez del alma y aun del ser físico de la persona humana. En la precisión académica se la considera la atracción excluyente de un objeto, que nos afecta y subyuga determinando el carácter emocional de los sentimientos. Por lo común su poder llega a sobreponerse a nuestra propia vida y a ejercer su imperio sobre todas nuestras facultades y sensaciones, en el mundo natural y en el mundo moral. Pero la pasión puede servir causas distintas, buenas o malas, conforme al criterio clásico del filósofo de Agrigento, para quien se rige por la teoría de los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego, obedientes a sólo dos principios fundamentales, el amor y el odio, y del que resulta a veces la pasión estéril como un estado de confusión de la inteligencia y exaltación violenta de las cosas. Tal, por ejemplo, el romanticismo.

La pasión es en Eva Perón, como quería Empédocles, como quería después Malebranche, un "término generoso de acción", una arrolladora potencia del bien inspirada y movida por una conciencia dominante. Bossuet, que intentó seguir la estimación escolástica de las pasiones, quedándose al fin con la teoría del filósofo griego, la hubiera clasificado en el orden de las pasiones del mundo moral, sometidas a la racionalidad del espíritu y de la mente, y alentadas de constante por la noción y el anhelo del bien común, individual y colectivo, hasta suscitar

una fuente de energías invencibles. Y aquí cabe ya hablar entonces de heroísmo civil, de mística laica, que es en realidad el sentido de la pasión que consumió los días y las noches de Eva Perón, consagrándola en el sacrificio.

En nuestro país, a lo largo de nuestra historia, y en la humanidad, en nuestro tiempo, no hay nada que pueda compararse por analogía. Nuestra historia es rica en figuras de seres notables, verdaderos arquetipos de varones y mujeres virtuosos. La humanidad ofrece hoy mismo, en el campo de todas las actividades, figuras igualmente dignas y admiradas por su contribución al acervo de la cultura y de la civilización. Sin embargo, Eva Perón pertenece a otra esfera, al ámbito inalcanzable de las criaturas extraordinarias, tocadas quizá por la gracia y aplicadas a una labor de santidad. En todo caso, es indudable que sus afanes han sido gratos a los ojos de Dios y que sus semejantes pueden ver en ella, sin hipérbole, una mujer predestinada.

Habría que remontarse, pues, a figuras legendarias y a figuras incluso de la hagiografía popular —los héroes y santos de la devoción espontánea de las gentes—, para hallar un paralelo de sus caracteres y virtudes. Su pasión tuvo claras manifestaciones de índole social y tendían, según las exigencias de nuestro medio y de nuestra época, a crear condiciones de bienestar colectivo; pero es evidente que sobre lo positivo y material inmediato de sus obras ellas revisten una majestad imponderable y propenden, en conjunto, a saturar, a impregnar la realidad de nuestro país y del mundo de la atmósfera —diríamos— de sus sueños. A dotar de bondades y excelencias del espíritu la convivencia humana. A dar contenido y certeza, en edad tan angustiosa y triste como la presente, al profundo y sencillo dicho de Jesús: “Amaos los unos a los otros”... Porque, ¿quién duda de que la pasión de Eva Perón fué de humano amor, hasta dar en ello la propia vida?

“Yo no era ni soy nada más que una humilde mujer... —escribe en el prólogo de su libro inmortal—... un gorrión en una inmensa bandada de gorriones... Y él (aludiendo a Perón) era y es el cóndor gigante que vuela alto y seguro entre las cum-

bres y cerca de Dios. Si no fuese por él que descendió hasta mí y me enseñó a volar de otra manera, yo no hubiese sabido nunca lo que es un cóndor, ni hubiese podido contemplar jamás la maravillosa y magnífica inmensidad de mi pueblo. Por eso, ni mi vida ni mi corazón me pertenecen, y nada de lo que soy o tengo es mío. Todo lo que soy, todo lo que tengo, todo lo que pienso y todo lo que siento es de Perón”.

He aquí, por sus palabras, revelada y afirmada, la pasión de Eva Perón. ¿Quiénes constituyen el objeto de sus desvelos? ¿Quiénes la atraen y gravitan en ella de tal modo que su vida es ya sólo una voluntad para servirlos? ¿Quiénes encienden en su espíritu y despiertan en su mente ese “término generoso de acción”, previsto por el meditador de *Las purificaciones*? ¿Quiénes están en ella? ¿Quiénes viven en ella? Perón y el Pueblo. El Conductor y la innumerable caravana que él guía y orienta por los desfiladeros de nuestro tiempo hacia el porvenir. El párrafo obliga a señalar que no hay en la pasión así considerada, como manifestación del mundo moral, anulación ni mucho menos de la personalidad, sino coparticipación vital y esencial. Dicha coparticipación es, en suma, el sentimiento de relación “del que siente con los sentidos y que se ofrece en un doble aspecto, a saber: el de la recepción (impresión en lo material y afección en lo moral) de las influencias y circunstancias del objeto sentido, que ocasiona la aparición del sentimiento y de la reacción (emoción) de parte del que siente sobre aquella receptividad”. Esto explica el fondo de asociación íntima de las multitudes con sus líderes, en los grandes movimientos de la historia, y el de las congregaciones procesionales en la religión. Advierte el vínculo de unión e identificación indisoluble del pastor con su grey, y viceversa, y origina, llegado el caso, lo que Le Bon registra como “la pasión colectiva” y “la pasión tumultuaria”, con manifestaciones impresionantes en las grandes revoluciones y en las guerras religiosas del pasado.

Eva Perón era “nada más que una humilde mujer”, una bella y simple mujer del pueblo. Su pasión eran Perón y su pueblo. Y el pueblo son los hombres y mujeres de su patria, los niños y los ancianos, los trabajadores y todos los humildes.

Por extensión de honda humanidad, su ministerio abarca a todos los demás pueblos y no reconoce fronteras para el dolor. Supone —como decíamos— una mística laica, una labor de santidad cumplida abnegadamente hasta el holocausto en aras de los que sufren y esperan en todas las latitudes de la tierra.

Cuando Eva Perón crea la benemérita Fundación que lleva su nombre, cuando echa las bases de la Ciudad Infantil, cuando anuncia la Ciudad Estudiantil, cuando inaugura el Hogar de la Empleada y multiplica los Hogares de Tránsito; cuando da realidad a los Derechos de la Ancianidad y a los Derechos Políticos de la mujer argentina, cuando hace todo esto que cuenta en el haber de sus obras imperecederas, obedece al mandato de su pasión por Perón y por su Pueblo. Son, ésas, obras de su pasión; conquistas del arrobó e impulso a la vez de su alma apasionada por el bien, que se configura para nosotros argentinos en la Revolución y en la práctica de la Doctrina Peronista. Por eso se le oye decir, al abrir los pórticos de estampa con que dió cima al sueño de los niños:

“Somos parte de la Revolución porque, doctrinaria y dinámicamente, pertenecemos a Perón, lo que significa en último análisis que estamos exclusivamente al servicio del Pueblo. El y su Líder nos inspiran y nos impulsan hacia las jornadas que quedan por realizar con la doble seguridad de cumplir nuestro deber y de cosechar para los humildes todo el bienestar que ellos merecen y a que tienen derecho por trabajadores, por desvalidos y por argentinos. Lo realizado ya nos satisface en la medida exacta que nos impulsa a multiplicar nuestros esfuerzos, como corresponde a nuestra conciencia de peronistas y al ejemplo que diariamente nos ofrece el Líder, incansable en su labor en bien del Pueblo y de la grandeza nacional. El general Perón soñó con una patria redimida en la totalidad de sus manifestaciones esenciales. Una patria enaltecida por la soberanía política sin retaceos, que sólo es posible cuando está basada en una efectiva libertad económica y en una real dignificación social de sus mayorías laboriosas. Una patria grande no por su extensión territorial, sino por la suma inmensa de la felicidad de todos sus hijos. Una patria feliz, no por la existencia de

pocos ricos muy ricos, sino por la valorización de muchos pobres menos pobres. Una patria noblemente entregada a la alta tarea de engrandecer la suma de los valores humanos, por la solidaridad, la cooperación y el justicialismo sin excepciones.

Dentro del ideario peronista y en esa singular consubstanciación de ella misma con Perón y con su pueblo, el “término generoso de acción”, del aserto de Empédocles, encuentra energías inagotables, si no milagrosas, para concretar sus iniciativas de bien.

Una risa de niña la conmueve y torna de pronto su júbilo exultante. Eva Perón ve en la infancia reivindicada por su esfuerzo la imagen de la Patria y de la humanidad futura. La apacible dicha de los ancianos, asegurados sus días en la tranquilidad del hogar propio o en el calor compartido del Hogar de Ancianos —esa magnífica construcción de Burzaco que parece hecha para dar acceso al Cielo, en los años últimos de la vida del hombre—, la llenan de flúida e inefable alegría. Su pasión por los humildes se hace en esos momentos diligente, habilidosa, puramente maternal. Y ella es entonces virtualmente la madre común, o una hermana mayor, que se conduele de todo pesar nuestro y se siente transportada y transfigurada de suave ternura en su decisión incontentida de repartir entre los niños y los ancianos —entre los abuelos y los nietos— la ventura de un mundo feliz como ella quisiera, como ella logró hacerlo entre nosotros en la medida y el caudal de su pasión.

La presencia de una mujer del pueblo —de una mujer como ella era— conmueve también y agita sus sentimientos. La mujer es la madre del niño, la madre de la humanidad. Una mujer y una madre como ella se siente frente al pueblo, frente a los demás. Por eso en *La Razón de mi Vida*, que son las razones de su corazón —las razones supremas a que se refiere Pascal—, le dedica uno de los emocionados capítulos finales y dice en él que no es ésa la mujer elogiada por los escritores y poetas, la “mujer fatal, egoísta y romántica”, pero que sí es ésa la mujer auténtica que “se refugia silenciosa en los hogares del pueblo, donde la humanidad se hace eterna”. Para esa mujer tiene Eva Perón los ademanes más comunicativos y fraternos, los arrestos

más resueltos de su prédica civil, el ansia más honda de liberación y de superación política y social. Al hablarle, señalándole el camino del civismo, la exhorta a la lucha y le dice, tras proclamar los beneficios de la unidad y la gloria del sacrificio: "Cuanto más pequeñas más las quiero. La que a ustedes les parezca más insignificante, es la que está más cerca de mi corazón". Así le fué posible integrar las legiones del Partido Peronista Femenino, las de los cuerpos de enfermeras y samaritanas de la Fundación, las de los cuadros femeninos que hoy actúan junto al hombre en todas las instituciones y entidades del país, y así le fué posible modelar la mujer argentina que ella simboliza hoy perdurablemente en el bronce y el mármol de las estatuas.

Y es su pasión, por fin, la fuerza y el vuelo heroico de los millones de descamisados del 17 de Octubre y de las posteriores jornadas que marcan el rumbo señero de la Nueva Argentina. En los descamisados su pasión adivina las energías sustantivas de la Patria, algo como un incorporarse del suelo nativo y de su savia elemental, y en ellos ve los ejércitos de trabajadores de que ha de valerse Perón para librar su epopeya. Serán los descamisados los combatientes peronistas; y ellos, sólo ellos, quienes, siguiendo los pasos y las consignas de su Conductor, marcharán al frente, por las perspectivas de paz y de brega incesante que se extienden a nuestra vista. Los descamisados le arrancan frases de intrepidez batalladora, clamores y gritos de lucha, voces que son como banderas desplegadas al viento, ardentías del espíritu y relámpagos de su genio de heroína ciudadana. En esos trances, que son trances de su pasión, Eva Perón se remonta a la grandeza de los paradigmas femeninos de la historia y sugiere ya el perfil de Juana de Arco en las acometidas de sus caballerías y el de Isabel de Castilla en la consolidación cruenta y dramática de su reino.

Sus gestos y sus palabras son en tales casos de implacable justicia. Su pasión por el bien se trueca, frente a las fuerzas conjuradas del mal, de amantísima y serena que es, en tonante y avasalladora. "Los opositores —explica ella— dicen que esto es fanatismo, que yo soy fanática de Perón y del Pueblo, que yo soy peligrosa porque soy demasiado sectaria y demasiado

fanática con el general Perón y con los descamisados de la Patria. Yo les contesto con Perón: el fanatismo es la sabiduría del espíritu. ¡Qué importa ser fanático en la compañía de los mártires y de los héroes! Al fin de cuentas, la vida alcanza su verdadero valor no cuando se la vive de una manera egoísta, nada más que para uno mismo, sino cuando uno se entrega a la vida toda íntegra, fanáticamente, en aras de un ideal que vale más que la vida misma. Yo contesto que sí, que soy fanática de Perón y de los descamisados de la Patria".

Su pasión es, desde luego, fanatismo levantado de civil coraje. Ni su inteligencia ni su espíritu se dispersan en el verbo tajante; su actitud es de franca guerra, y ha de vérsela en las horas de lucha en los puestos de las avanzadas temerarias, junto al Conductor y entre los descamisados, alentando, confortando y poniendo el índice en el sol para iluminar la ruta victoriosa de los suyos. Si se piensa en lo que la Revolución peronista tiene de indiscutible y tumultuoso movimiento de masas, en las alternativas de sus acciones ante la traición, el crimen organizado y la insidia concertada de sus enemigos interiores y del exterior; y si se piensa en los obstáculos, unos reales, otros ficticios y provocados que debió superar hasta vencer, se comprenderá que el símil alegórico se ajusta a la belleza y la grandeza épica de esta fase de la pasión de Eva Perón.

Prepondera siempre en ella la ardentía de la justicia social. Lo expresa en su libro de modo preciso, descarnado: "He hallado en mi corazón un sentimiento fundamental que domina desde allí, en forma total, mi espíritu y mi vida: ese sentimiento es mi indignación frente a la injusticia social".

Todo lo que no sea justo, en el orden material o espiritual, la revela. Todo contraste violento de condición, en la realidad consuetudinaria, en la ciudad o en el campo en que transcurren los años penosos de su infancia y de su adolescencia, la contrista y arrebata, infundiéndole la indefinible sensación de que alguna vez será ella llamada a mediar en el tremendo conflicto social de los numerosos muy pobres y de los pocos demasiado ricos.

La actitud que su pasión le dicta es profundamente cristiana! Que Eva Perón dijera: "Desde que yo me acuerdo, cada injusticia me hace doler el alma como si me clavase algo en ella. De cada edad guardo el recuerdo de alguna injusticia que me sublevó, desgarrándome íntimamente"; y que reaccionara frente a ello con la sinceridad de su corazón y la firmeza de su temperamento está lejos de admitir cualquier inclinación o seducción hedonística. Su modalidad personal es llana, rehusa los halagos triviales de la existencia: su desinterés es absoluto. Y en cierta manera es su actitud de infinita conmiseración por quienes no encuentran en la vida otro destino que la satisfacción de sus apetitos y el ansia irrefrenable de riquezas, así tengan que recurrir al robo y al crimen para lograrlas.

Para Eva Perón, apasionada en su lucha por los humildes y los desamparados, "la historia del hombre es la historia de una búsqueda incesante de la justicia". "Por la justicia — escribe—, se han librado guerras y firmado tratados de paz; han surgido déspotas y han caído imperios; se han firmado estatutos jurídicos y se los ha violado después; se ha escarnecido a los genios y se ha encumbrado a los necios. Todos éstos son episodios de ese estado de equilibrio que le permite al hombre disfrutar de su vida, gozar de los frutos de su trabajo, organizar una familia, edificar para el porvenir y convivir en paz con sus semejantes". Y remitiéndose a nuestro país, agrega: "Los argentinos integramos un pueblo singularmente amante de la justicia. Marchamos en pos de ella, a través de todos los sacudimientos y todas las tormentas. Sabemos que sólo la justicia —aquel equilibrio— puede depararnos la felicidad".

Son, éstas, reflexiones que la acercan a Dios, la ungen del sentimiento vivo de la justicia y le proporcionan una visión lúcida de la historia que, en efecto, es el acontecer del hombre en su natural y legítimo anhelo de la justicia. Por eso también la justicia social es a sus ojos inherente a la Patria, que no puede ser madrastra de sus hijos y cuyo primer atri-

buto es precisamente de amor tutelar, de propicia seguridad para todos ellos.

¡Qué delicada y, sin embargo, templada voluntad para hacer el bien y defender a los demás de la injusticia que tanto había herido su corazón de niña! ¡Qué ansiedad dilacerante y a la par gozosa, porque la llena un hálito de santidad, para prodigarse en curar las llagas ajenas y confortar los ánimos deprimidos! Un día de invierno de 1946 —recordémoslo, como podríamos hacerlo con tantos episodios que ilustran su vida—, Eva Perón visita lugares del Gran Buenos Aires. Las calles están pantanosas y cerradas por la densa neblina que se levanta a su paso. Las casas bajas, de techumbre de cinc herrumbrado, sirven de marco pobrísimo al cielo hostil que de tanto en tanto deja ver la corona humeante de las chimeneas lejanas. Se desliza rápido un automóvil, haciendo salpicar el barro. Se oye el estridor de una locomotora y a menudo el acompasado rumor de las fábricas. Esto es Wilde, Sarandí, Villa Dominico en sus alrededores con el campo aterido por la estación. Y Eva Perón marcha sola, de puerta en puerta, hablando a los niños desaharrapados y lánguidos; a las mujeres en cuyos rostros todavía bellos de juventud se advierten las huellas de la fatiga, del hambre y de la maternidad ofrendada con dolor; a los ancianos que parecen haber perdido la cuenta de sus años y que por pujos varoniles enfrentan la amargura de su ocaso bebiendo mal y fumando el resto de cigarrillo que le quema los labios. Y ella se interesa por todo y por todos. Distribuye los pesos de su cartera, toma notas sin que nadie la ayude, se desliza en el interior de un rancho pringoso donde hay una parturienta, acaricia a los perros escualidos que la siguen... Y cuando se va, con el corazón destrozado, promete —y cumplirá, ¡oh, sí!, ¡vaya si cumplirá!—, promete no olvidarlos, promete hacerles justicia, promete restituirles su derecho a la vida sana y digna de una patria mejor. La Patria que por entonces comenzaba a hacerse bajo la égida de Perón y de su Doctrina, que se llamará precisamente Justicialismo.

La pasión de Eva Perón asume aspectos desgarrantes, de angustia y de piedad, cuando se trata de los niños, los ancianos y las mujeres del Pueblo. Confesaba en una ocasión no haber

podido sofrenar su impulso de protesta, en uno de sus múltiples viajes por el interior del país, al visitar una escuelita de extramuros y observar que uno de los niños estaba sentado en un banco con el respaldo quebrado. “Escuche —le espetó a la cara a una de las autoridades docentes que la acompañaban—: ¿no le parece una vergüenza que usted use un escritorio como el que tiene y que haya un muchachito de su provincia que no tenga dónde apoyarse?” Y se refiere que añadió más tarde, recordando el caso: “¡Pobre! Miré al niño y comprendí que no iba a resolverle la situación dándole sólo un asiento nuevo... Al salir le dejé sobre el pupitre el último dinero que me quedaba y mi dirección para que su madre me escribiese diciéndome qué necesitaban para ser un poco más felices...”

Eva Perón se multiplica a instancias de su pasión. Parece ubicua. Está en todas partes, como si estuviera al propio tiempo, instantáneamente, simultáneamente. Realiza giras prolongadas por las provincias y los territorios nacionales; cumple sus dilatadas y febriles jornadas —con vigiliadas de extraordinaria actividad— en su despacho de la vieja Secretaría de Trabajo y Previsión; atiende las obligaciones oficiales que le impone su condición de esposa del jefe de Estado; se ocupa personalmente y con preferencia de lo que concierne a la Fundación y a sus numerosos establecimientos y dependencias administrativas y sociales, y aun se da tiempo —sin saberse exactamente cómo— para reunirse con grupos sindicales y con amigos dilectos, ya por razones de aquéllos o por solaz de su espíritu.

—¡No tengo tiempo para nada!— se la escuchó exclamar muchas veces. Y la verdad es que ella apresuró intensamente su tiempo, como si hubiera presentido que no iba a disponer del tiempo necesario para hacer todo el bien que quería y que era en ella, por imperativo de su pasión, más fundamental que su propia salud, pero también imprescindible para su modo generoso de vivir, para su manera de sentirse dichosa.

Tal continuidad infatigable en el esfuerzo de cada instante, de cada hora de sus días, no es concebible sino en virtud de su pasión. La frágil arcilla de su naturaleza era como un vaso rescatado de las cenizas y devuelto al sagrario y en el que bri-

llara, como la luz votiva, un resplandor inextinguible. Asombra, sin duda, pensar que se dieran tantas y tan maravillosas energías en una mujer que no era por fortuna endeble, pero que era lo que comúnmente se establece por “un manojo de nervios”: una naturaleza estrenua, pero vivaz e inquieta y, por tanto, condicionada al agotamiento prematuro de sus espléndidas facultades. Desde este punto de vista cabe afirmar que ella fué conscientemente a su fin, sin cuidarse en lo más mínimo de los estragos del trabajo, adaptada, por un fenómeno de extraversión material y espiritual, a la vida de los demás, de la que hacía la suya propia. El misticismo no es en substancia otra cosa, y se complace, como en Santa Teresa de Avila, en hallar, por el amor irradiado a sus semejantes y la continua presencia del dolor, el camino recto de la perfección moral.

Su actividad sin pausa, hasta vencer el sueño y no doblegarse a la enfermedad que iba físicamente consumiéndola, era asimismo una manifestación preciosa y recóndita de su libertad. Sí; hacer el bien, darse sin tasa ni cansancio a esa tarea prodigiosa de sembrar el bien, la tornaba cada vez más libre en su fuero interior, la revestía de fuerzas insospechadas y de sugestión que sólo la conciencia y el sentimiento del bien otorgan, transfigurándola, elevándola, libertándola de las cadenas de la tierra. Dice ella en su libro que no solía invocar la asistencia de Dios en sus afanes, considerando que a Dios había que ayudarlo en sus designios de amor y de excelencia, pero nadie podría discutir ya que esa sensación suya de sentirse libre por el ejercicio del bien, por la disciplina de las virtudes más caras al hombre, la distinguían con el radioso influjo de una voluntad superior. Si así no hubiera sido, ¿cómo hallarle explicación lógica a la obra que Eva Perón concibió no para sí, sino para los demás, y cómo entender que la realizara sobre bases de perduración incommovible, sin poseer aparentemente nada más que los dones sencillos de una simple mujer del pueblo?

“Los ingenieros y arquitectos de la Fundación proyectan sobre mis grandes planes..., pero después yo pongo en cada obra todo eso que ellos no vieron. Sobre todo, al principio me costaba hacerles entender que los hogares de la Fundación

no eran asilos... , que los hospitales no eran antesalas de la muerte, sino antesalas de la vida... Que las viviendas no debían ser lugares para dormir, sino para vivir alegremente.”

En estas palabras de Eva Perón está patente su idea del bien, animado por la gracia y henchido de un aura de belleza moral y espiritual. Ella concibe sus obras en limpio y noble estilo, para descanso del cuerpo y confortación de la inteligencia y del alma. En el Hogar de la Empleada, en el Hogar para Ancianos o en cualquiera de los hogares de tránsito vese a primera vista no más —como un reflejo de su íntima ensoñación— la pulcritud escogida de los muebles, la fina elección de los objetos de arte, el orden y el cálido ambiente que los preside y que hace agradable la morada aun a quienes no los necesitan y están allí como curiosos o como visitantes.

Para Eva Perón era de importancia —sigue siéndolo en la vivencia de sus obras —borrar así los vestigios de un pasado humillante, en que la miseria y la pobreza, sobre ser lamentables, fueron escarnecidas en los necesitados y los desamparados de esta tierra. Su noción del bien revela la plena conciencia con que lo ejercitó y se traduce en frases que tienen la resonancia del verbo evangélico de Almafuerte: “No he conocido mucho a Dios, pero conozco a Cristo...” “Aprendí a querer a mis descamisados por aquello de San Mateo: “Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.”

O bien estas otras extraídas del capítulo XXXVII de *La Razón de mi Vida*: “Durante cien años el alma estrecha de los ricos, para acallar la voz de la conciencia, no concibió nada mejor que tratar a los pobres con migajas de limosna. Limosna eran no solamente las monedas miserables y frías que los ricos dejaban caer sobre las manos de los pobres. Limosna eran también los asilos escasos que construyeron con las sobras de alguna herencia multimillonaria. Todo en la “obra social” del siglo que nos precedió fué así: frío, sórdido, mezquino y egoísta...”

Todo esto configura la pasión del bien adecuada a un anhelo de dignificación social que le es inherente y que corresponde a las exigencias del cambio histórico, social y económico promovido por Perón.

El progreso humano está en relación con nuestro perfeccionamiento moral. La noción del bien no siempre ha sido pareja a la superación de la ciencia o de la técnica; acelerada ésta con rapidez frenética y magnitud inimaginada en el siglo pasado y en lo que va del presente, ni siquiera la ha seguido estrechamente, y si lo hizo, fué en muchos casos para disiparse, vencida o desvirtuada por las fuerzas del mal.

Eva Perón advino en un mundo y en una época desprovistos o, mejor dicho, despojados de su haber íntimo; de ese compendio de enseñanzas que el hombre moral acumuló a través de generaciones, que brilló en el ejemplo de los mártires, los santos y los héroes, y que debiera constituir la disciplina transmitida de padres a hijos para la elevación de la especie.

En tal mundo y en tal época puede hablarse de la reencarnación del mal, como en las leyendas del satanismo, y descubrir sus rasgos en ciertos tipos y caracteres individuales negados para las acciones y las pasiones del bien. ¿Qué son, si no, quienes conciben al hombre y el trabajo como objeto de su explotación? ¿Qué las inteligencias que urden todas las formas de exterminio en el ambiente hermético de las “ciudades atómicas”? ¿Qué los miserables seres que amontonan el oro en las cajas de caudales, sin pensar que al cerrarlas han dejado en ellas su corazón, su divinidad y todo sentido noble de la existencia?

El mundo y la época a que adviene Eva Perón, antes que Perón abriera una ventana al cielo y la luz de la esperanza justicialista, son el “tiempo” de agonía presagiado en las Sagradas Escrituras. El hombre no vive; apenas si se sucede. El hombre vive fuera de sí mismo, perdido de sí mismo. No se trata solamente de la deshumanización de los medios por él creados: la máquina, el capital, el poderío técnico, político y económico, todo lo cual se ha vuelto contra él sojuzgándolo y subalternizándolo en la doble servidumbre de lo material y lo espiritual, sino, además, de su propio desconocimiento. El hombre puesto frente a su semejante no se reconoce, en efecto, y es entonces su mortal enemigo. Y su vaga nostalgia de Dios, su premonitoria conciencia de su apartamiento del bien, no logra redimirlo. Al contrario: como dice el insigne van der Meer, “su locura

anhela poner a Dios al servicio del mal, emplearlo para sus fines sabidos e imprevistos de progreso bárbaro". El mundo y la época así se envilecen, se extravían en las tinieblas y se sumen en la psicosis de la guerra. Matar en masa parece ser la fuga, el expediente de una civilización embrutecida por el olvido de lo único cierto que puede salvar al hombre: la noción del bien.

No sorprenderá que la naturaleza moral, que el espíritu y la inteligencia de Eva Perón chocaran violentamente con esa realidad. Como el personaje del holandés, ella se dirá que "el mundo daba náuseas", y con frecuencia, como sugiere en períodos de *La Razón de mi Vida*, ha de quedarse sola consigo misma y con su pensamiento, en una desolación total como puede ser quizá la muerte, o algo más que la muerte: la muerte en vida.

Sin embargo, Eva Perón resurgirá radiante de las sombras que la envuelven y que envuelven al mundo y su época. No le es necesario tomar los óleos ni el agua bendita que aconsejaba Pascal para creer. Su noción del bien la defiende, le da armas de fe invencible, le comunica en cuerpo y alma los dones de una fuerza arcangélica. ¡Tan simple, tan sencilla mujer del pueblo—nada más que una agraciada muchacha del pueblo—, ella se dispone a librar sola su batalla, frente a un mundo y una época de oprobio, hasta encontrarse con Perón y sumarse la primera a sus legiones de descamisados!

La noción del bien la preservó del desaliento. En los momentos más tristes y difíciles de su vida no se dirá, a pesar de las adversidades y del panorama sombrío que la rodea, lo que dijeron y dicen tantos que se consideran incluso poseídos de Dios: "No hay nada que esperar de los hombres..." Para ella, como para el apóstol de Montecassino, "la humanidad es el hombre". Y toda ella ha de entregarse desveladamente, con abnegación santa, a auxiliarlo y regenerarlo; a hacerlo comprenderse y sentirse hombre y dueño de su destino natural en la tierra. Y comenzará a realizar su obra misional en su patria y, desde luego, entre los argentinos.

Cuando Eva Perón dijo que el dolor no tiene fronteras hizo la más bella y noble frase de su pasión humana, la que le acuerda evidencia de postulado y la erige en ministerio ecuménico. En esas reuniones que solía realizar en el restaurante "San Martín", del Hogar de la Empleada, cuando su tarea de la Secretaría de Trabajo y Previsión la sorprendía ya entrada la mañana sin haber probado bocado, no debía hablarse—ella lo cuenta muy bien en su libro— de nada que no se relacionara con Perón. Así un poeta recitó cierta vez el "Confiteor Deo", de Almafuerte, precediéndolo de una charla acerca de la posición filosófica, puramente cristiana, de su autor y coincidente con aspectos de la doctrina peronista. En la oportunidad ella insistió en estos versos que había leído y recordaba desde hacía muchos años:

*Como las vibraciones de un necio ruido,
ni Wágner ni Rossini me dicen nada;
pero sí, por acaso, gime un gemido...
¡me traspasa las carnes como una espada!*

No hay dolor que no le alcance interiormente y que no la afane de inmediato para procurarle remedio. Para su pasión de bien la criatura humana es una sola en todas las latitudes del mundo: siempre única y la misma en el haz de la tierra, y siempre dolida por su propio mal o por el castigo de los elementos. Y ella quiere ser la madre y la hermana de todos los que sufren, y en su designio sabrá sobreponerse a todas las dificultades. Para lograrlo se esfuerza en ser una potencia del bien.

Los auxilios de la Fundación abarcan pueblos y países lejanos y distantes entre sí. Países diferentes, desde el Trópico al Medio Oriente, desde Europa al Asia, poblados por hombres que profesan cultos diversos, que tienen costumbres exóticas, que hablan los más diversos idiomas y cuyas culturas nos son extrañas o poco menos, se conmueven con su ayuda. Por esta obra de bien, esparcida como un mensaje de solidaridad social y de fe en el destino supremo del hombre, se nos va conociendo

en los cinco continentes, y el nombre de Eva Perón, asociado al de la Argentina al punto de hacerse inseparable, se convierte en un predicado de amor y de verdad. Se lo ve inscripto en calles y plazas de remotas ciudades, en el pórtico de escuelas y hospitales, en el pedestal de los monumentos que levanta en su homenaje la gratitud de los pueblos y en el palpitante corazón de las gentes.

No hubo mayor hazaña del bien, ni la habrá, en el mundo moderno. Jamás el bien hizo más alta y humana conquista.

A R G E N T I N A * * *

Decíamos que su pasión del bien la sostiene y la defiende. El bien es su medio de combate, un arma más poderosa que todas las armas, hecha en sus manos la espada flamígera de un San Jorge vindicador; pero el bien es también su coraza, la prieta malla que guarda intacta su naturaleza moral frente a los halagos y seducciones que de pronto la circundan.

Eva Perón ha pasado incólume, acendrada su noción del bien y su pasión por servirlo, a través de los palacios y por las gradas señoriales de los poderosos de la tierra. Y es seguro que su presencia ha sido para éstos la revelación de una mujer dotada de esas cualidades y virtudes que se dan singularmente y que no se adquieren porque pertenecen a la esfera de lo incorpóreo y pueden estar —ahora lo sabemos bien nosotros— más allá de lo contingente temporal y terreno.

En 1947, durante su largo viaje por países de Europa, ella franqueó el umbral y escaló los peldaños de las más inaccesibles alturas del dominio y del privilegio. Conoció de cerca a las dignidades reales y espirituales de muchas naciones, recibió sus agasajos y respiró el aire perfumado de ambientes donde se conserva la tradición del boato y de la gloria acumulados por los siglos. Cualquiera menos ella hubiera cedido a la sugestión absorbente de un mundo que se rendía a sus plantas y que le prometía la engañadora felicidad de la riqueza y el lujo; la feli-

cidad trivial de los salones y las fiestas rutilantes. Pero su misión era otra; y así como en nuestro país supo rehusarse a la captación de quienes deseaban atraerla a sus círculos para substraerla al Pueblo y a Perón, supo en esas circunstancias mostrarse tal cual era: “una humilde mujer... un gorrión más en una inmensa bandada de gorriones”:

Por eso no dejó a su paso la estela efímera de los personajes comunes, sino la huella imborrable que imprime en los corazones la grandeza espiritual de los elegidos.

Se volcó con toda la pasión humana de que solamente ella era capaz en el alma de todos los pueblos. Por eso todos los pueblos la amaban y aman como el nuestro. Ella no fué turbada por las tonalidades de la púrpura y el oro, por la palidez de los pergaminos y la aureola del linaje, ni por la gracia soberbia de las testas coronadas. Sin olvidar las cargas de su posición, cargas que cumplía con la soltura y la dignidad proverbiales en ella, fué allí también hacia los humildes; convivió con los niños y los ancianos, los hombres y las mujeres de trabajo, y se multiplicó y desveló por hacer el bien que quería. ¡Oh, no! Ella no sabía humillar con dádivas. Ella no era una mujer de sociedad, de esas que describe en su libro —mujeres “de vivir vacío y fácil”, mujeres de apariencias y pequeñeces, de mediocridades y mentiras—, para las cuales el dolor se conjuga en los “cocktail parties” que anteceden al amor liviano y que hacen de la caridad una exhibición mundana. Ella era una sencilla y simple mujer del Pueblo, con la fe y la noción humana del bien, que hacía suya toda necesidad, todo dolor, y que para repararlos, para mitigarlos, sólo se valía del bien mismo. El bien que se profesa dándose enteramente por amor a nuestros semejantes y que a ella la lleva a escribir: “Mientras no se da la propia vida, cualquier cosa que se dé es justicia. Cuando se empieza a dar la propia vida —y ella estaba dándola!—, recién entonces se está haciendo obra de amor.” El bien que la hizo feliz en pueblos lejanos y que hoy cubre de bendiciones su nombre en todos los idiomas de la tierra.

Los poderosos, los amos del mundo, temían su pasión. Era un peligro para la solidez de su autoridad y la perpetuación de sus privilegios e intereses el ejemplo admirable de esta mujer del Pueblo. Un día su libro fué retirado de la circulación y prohibido en el vastísimo imperio del Norte. ¡Como si fuera posible aniquilar el espíritu! ¡Como si la verdad no encontrara al fin el resquicio por donde filtrarse y resplandecer con la luz!

Ella, por su parte, los execraba y al propio tiempo los compadecía, considerándolos miserables en medio de sus riquezas materiales y de su poderío. Sabía que los ricos no irían, por injusto, al reino de Dios, y que si les falta sensibilidad para lo humano, no son sino las *cavernas* de la concepción de Platón: "la caverna es este mundo visible en que vivimos; el fuego que la ilumina es la luz del sol; el prisionero que sube a la región superior y la contempla es el alma que se eleva hasta el mundo de lo inteligible". Eva Perón era un alma que rayaba el ámbito celeste y que poseía la sola verdad que puede hacer libre al hombre: la verdad del bien, que era su pasión. ¿Cómo no comprenderlo en sus actos y en sus obras prodigiosas de bondad? ¿Cómo no sentirlo en el recuerdo de su vida? ¿Cómo no verlo del modo que se ven las cosas y saberlo como se sabe que en ellas alienta algo más que el volumen y la forma: un vuelo interior que las sublimiza para el arte y para la gloria?

* * *

Pasión es un ansia incontentida de superación individual y colectiva.

Eva Perón era una humilde mujer del Pueblo, y en esta condición, puestas sus sienes sobre tanto pecho herido —con una ternura tal de estrujar sobre el suyo a todos los necesitados de fe o de salud—, sufrió a su vez y clamó por ello con todas las energías de su ser físico y espiritual.

Lo primero, expedito el camino por donde marchaban ya las multitudes argentinas impulsadas y conducidas por Perón, era liberar a la mujer, darle el instrumento de su liberación pre-

sente y futura, promoverla a todas las jerarquías de la vida política y social. Nuestra democracia era una ficción agravada por las demasías del fraude y la ilegitimidad de los poderes; pero nuestro estado social era algo mucho peor todavía. La mujer, explotada y humillada hasta entonces en el trabajo, había obtenido condiciones económicas uniformes y condicionadas a un principio de justicia elemental: a igualdad de trabajo, igualdad de retribución. Sin embargo, la mujer, aunque rehabilitada socialmente en este aspecto y siempre dueña del hogar al que había entrado la dicha tras muchos años de privaciones e incertidumbres, no votaba. Ella había estado el 17 de Octubre histórico en las avanzadas de la lucha. Con su preciosa carga en los brazos, suelta al viento la cabellera amada, vestida con sus ropas de tela barata y a veces descalza, había llegado esa tarde, junto a sus padres y sus hermanos, a la Plaza de Mayo. Venía de todas las poblaciones del Gran Buenos Aires. Y si no pudo estar allí, por razones de tiempo y de distancia, estuvo con su angustia y su esperanza desde todos los lugares de la Patria. Y no votaba. No tenía derechos políticos. Tenía todos los deberes, todas las responsabilidades de la vida común, en el orden público, pero ninguno de los derechos de que disfrutaban, en cambio, hasta los incapaces y los delincuentes.

Eva Perón se constituyó apasionadamente en el líder de los derechos políticos de la mujer argentina. Ella debía votar, y debía saber votar. Ella sería, por justicia y por dignidad, elevada al sitial que le correspondía al lado de su compañero. Además, sabía Eva Perón que de esto dependía en buena parte, o en todo, la causa de la Revolución peronista, que era su propia causa y la de los suyos; es decir, la causa del pueblo argentino, la causa de la Nación Argentina.

"Por eso lucharé —dijo ella entonces— por el voto femenino. Porque he sentido en lo entrañable de mí la responsabilidad crucial de la hora que atañe al hogar argentino, reducto de fe cívica nueva y futuro juez de la conducta pública de sus elegidos".

La sanción de la ley 13.010, instituyendo el sufragio femenino, y su promulgación inmediata fueron obra de la pasión

cívica de Eva Perón. El 23 de septiembre de 1947 hubo una espontánea fiesta del Pueblo. En las ciudades y en el campo se reflejó, en todas partes, la alegría popular. Después de más de cien años de virtual ostracismo político, como si la mujer argentina hubiese estado lejos de nosotros y condenada a la esclavitud, se abrían a ella los atrios electorales y las posibilidades del porvenir. Agreguemos aquí, en su homenaje y como prenda de gratitud a Eva Perón, que el 24 de Febrero su voto se sumó, innumerable casi, en el mandato de las urnas que eligió a Perón por segunda vez presidente de los argentinos.

Perón es el inspirador y el adalid de la Revolución Nacional; ella es su custodio fiel, dispuesta a mantener viva con su sacrificio la llama sagrada que arde desde entonces en el ara de la Patria.

Su pasión dió al peronismo su mística; no es concebible que la tuviera de otro modo. Un movimiento político no pasa de ser tal, aunque alcance su objetivo, si carece de esa fuerza abstracta, pero vívida y esencialmente vital, que anima al mundo físico, y que San Pablo define cuando habla de la fe en su epístola a los hebreos: "Es la substancia de las cosas que se esperan." Por ella el peronismo tiene el carácter de un movimiento de religión civil que satura y exalta el alma de la República.

Decía ella, siempre, que sólo aspiraba a ser un puente de relación entre Perón y su Pueblo, porque ella misma era Pueblo. ¡Qué mejor y más dulce vínculo de unión que éste! Y es exactísimo el símil; pero ella fué sobre todo un inmenso y sensible corazón, cuyas palpitaciones no han de cesar, a despecho de la muerte, entretanto la Patria exista y tengamos nosotros la honra de ser argentinos.

El lúcido pensamiento de Perón, su dialéctica, su política y su doctrina, que es la Doctrina Nacional, nos hacen peronistas por convicción razonada y profunda. Esto es propio del intelecto y del patriotismo enlazado al sentimiento de la hombría de bien. Eva Perón nos concita a la fe revolucionaria en que se abrasa y se yergue en la historia exaltando el símbolo de su credo político y social.

Los valores espirituales que Eva Perón puso en juego en nuestro país y en el mundo, con el ejemplo de su pasión y de sus obras, dan la tónica social del peronismo y de la contención unánime en este momento de la historia. Es verdad inconclusa que las conquistas sociales de nuestro tiempo tienen que servir de ello y que no basta un cuerpo de leyes para satisfacer los reclamos del hombre y de los pueblos; que en todo caso la legislación necesita no sólo prever y atender los imperativos de la justicia social, sino también nutrirse de "la substancia de las cosas que se esperan".

Su fe es la de todo un pueblo. De ella aprendimos a desafiarse sin pusilanimidad y sin vacilaciones todos los instantes de la lucha. La determinación de "constituir una Nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana", nos viene de su pasión, de su fe, no ciega, sino clarividente; de su fe, que se transparentaba en sus ademanes, en sus actitudes, en sus palabras y en el testimonio que nos deja para creer: *per ea quae facta sunt*, por las cosas creadas, según la clásica expresión latina.

* * *

Llamaba "hijitos" a todos los niños que se le acercaban y a los que hubiera querido alzar apretados en sus brazos. Les devolvió la alegría que perdieran y los puso en la senda de la felicidad con la magia de su encantamiento y de sus bondades.

Llamaba "abuelo" y "abuela" a los ancianos, y los hizo también felices iluminando con un destello radiante el atardecer de sus días.

Llamaba "compañera" y "amiga" a la mujer del pueblo, y le dijo "madrecita" cuando estaba acompañada de sus hijos y acudía a ella con su esperanza.

Llamaba "compañeros", sencilla y cordialmente, a los trabajadores; y luchó por ellos a su frente como su abanderada.

Llamaba "Mi General" a Perón, con el acatamiento del soldado, viendo esculpidos en él los caracteres recios del Conductor y realizado el genio de la nacionalidad, y porque Perón era todo para ella: esposo y maestro, guía y acicate. El pueblo argentino, los humildes, fué la razón de su vida; mas —dijo ella— "si veo claramente lo que es mi pueblo y lo quiero y siento su cariño acariciando mi nombre, es solamente por él".

Todo esto era su pasión; todo esto la levantó sobre el nivel común de los humanos sin que ella, una mujer del Pueblo, se lo propusiera jamás.

Todo esto la enaltecíó supremamente en el renunciamiento, porque pasión es renunciamiento hasta el olvido de sí mismo, y la inclinó a resignar todas las posiciones públicas para seguir siendo siempre nada más, pero tampoco nada menos, que la "compañera Evita".

Por su pasión la Patria canta hoy sus aleluyas, su camino está limpio de zarzales y su cielo ofrece la diafanidad intangible y promisoría de la dicha común. Dondequiera que posemos la mirada, su pasión nos sale al encuentro y nos demuestra que sólo por la pasión que ella profesó y prendió en nuestro espíritu los argentinos somos tal cual debemos ser: una voluntad inteligente y creadora, alumbrada por el fuego de nuestro ser interior.

GLORIA DE
EVA PERON



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Bibli
Congreso

ARGE



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

“Soy y seré peronista hasta mi último día, porque la causa de Perón me glorifica y, dándome la fecundidad de su vida, me prolongará en la eternidad de las obras que por él realizo y que seguirán viviendo como hijas mías, después que yo me vaya”.

EVA PERÓN.



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso



Biblioteca del
Congreso



Bibli
Congreso

SÓLO la obra de amor contiene los signos de la vida misma, la capacidad de perdurar en el tiempo, de acrecentar cada día su hermosura. Sólo la obra que guarda en medio de su materialidad un fervoroso sentido humano está destinada a la memoria de los hombres, más allá de la historia, donde el tiempo se mide en profundidad.

Es el corazón de los Pueblos el depositario de ese amor, el que lo salva para siempre en crecida permanencia, el que custodia su sitio en la tierra. Cuando los Pueblos reconocen su propia lucha en la lucha de otro ser, ven en él la aureola que se desprende de sí mismos, ven su propia imagen transfigurada en el ser que espera con su esperanza, que sufre con sus sufrimientos, que sólo puede sentirse feliz con su felicidad. Los Pueblos necesitan reconocerse en alguien, y solamente de esta manera se encuentran a sí mismos, se ven y se comprenden.

Eva Perón estaba hecha a imagen y semejanza de su Pueblo. Resumía en su sentir toda esa vida multitudinaria; su voz era la suma de innumerables voces; experimentaba en carne viva el desamparo de los humildes. Ella proporcionaba la felicidad, pero guardaba para sí el desvelo, guardaba para sí el sacrificio. Sus manos se tendían a los trabajadores y a los desvalidos con los dones de la vida, y ella pisaba ya un suelo sobrenatural, entraba en su muerte, con el corazón vivo para siempre.

No fué una lápida de sombra la que cayó sobre su ser yacente: la luz se levantó de ella y ahora la ve nuestro amor envuelta en resplandores.

Porque fué la suya una muerte destinada a transformarse en sucesiva vida del recuerdo, destinada a convertirse en gloria.

Ese camino de redención humana, abierto a golpes de pasión por ella, no concluyó con su desaparición corporal; se extendió más aún, alcanzó un diáfano significado, un valor de clave, más allá de su propio Pueblo, en la conciencia de todos los trabajadores y de todos los humildes del mundo.

Sólo quien, como Eva Perón, abre un camino de ascendente bondad, entra en la historia, no para ser comprendido sino para hacer posible la comprensión de la historia.

Su nombre y su obra permiten el entendimiento de los hechos anteriores a ella y de los que son su maravillosa consecuencia; su figura es clave y nada podríamos interpretar si prescindieramos de su fuerza determinante. De Eva Perón nace una verdad que se agiganta en torno suyo, y es esa verdad la que la anima de diferente vida y la va despojando de su muerte. Es esa verdad la que configura su gloria, la que inscribe su nombre en la conciencia de los hombres justos.

Los Pueblos van elaborando día a día una realidad siempre en mayor grado representativa de la condición humana; pero para ello es necesario demasiado sufrimiento, es preciso debatirse entre encontradas fuerzas. Sólo cuando aparece sobre la tierra un ser hecho de la maravillosa substancia de los Pueblos, éstos alcanzan casi de inmediato, en insospechado tiempo, el objetivo de sus luchas, sostenidos por una esperanza que se convierte en una realidad de la cual nace otra esperanza que la prolonga indefinidamente.

La historia nos demuestra que los Pueblos son quizá pacientes, que la impaciencia es atributo de los seres destinados al cumplimiento de una obra extraordinaria.

Eva Perón tuvo esa apasionada impaciencia, ese poder de precipitar la historia, de ahorrar a los trabajadores y a los humildes el largo dolor, la lucha sin término. Ella sabía que la justicia social no podía esperar más, que los hombres a quienes se habían negado sus derechos no podían permanecer eternamente expectantes, alimentar por sí mismos la esperanza con ese esfuerzo sobrehumano de los hombres que luchan aun cuando la redención no se anuncia ante ellos.

Por eso Eva Perón tuvo la impaciencia que súbitamente lo transforma todo. ¿Cómo iba a aguardar su corazón a que la injusticia se reparara poco a poco? ¿Cómo iba a esperar que el niño abandonado dejara de ser niño para sentirse menos abandonado? Ella tuvo esa urgencia que determina los grandes movimientos en la historia. Y cuanto más hizo suya la doctrina redentora de Perón, más consubstanciada se sintió con su Pueblo, más bellamente fué su Abanderada.

* * *

Para su pasión no había tiempo que perder. Las noches se consumían sobre su labor, esas noches que para ella eran la prolongación del día, como si la luz no se hubiera alejado de sus ojos. En realidad, para quienes la vieron en esa constante entrega de su propia vida, era evidente que la luz salía de sus ojos, pues el día se había detenido allí, pues en su corazón era de día porque el amor había elegido ese sitio para resplandecer con mayor fuerza.

Renunciar al reposo le era infinitamente más fácil que renunciar a esa tarea en la que iba dejando la vida con la naturalidad de quien cumple el único destino posible.

Y como los seres que de pronto tienen la revelación de la verdad y se identifican con ella en una conjunción dichosa, Eva Perón sonreía siempre. Y parecía sonreírle no sólo a su Pueblo presente sino también a los hombres, a las mujeres y a los niños del futuro, como si ya los conociera, como si contemplase anticipadamente la felicidad en que vivirían, la felicidad que sus manos construían para ellos antes de que llegasen a la tierra.

Ella tuvo la visión de una Argentina que fuera en el mundo ejemplo de justicia, tierra de reivindicaciones; comprendió en toda su profundidad filosófica la doctrina de Perón, y entró en la lucha, angélica y humana, aureolada por su sacrificio, feliz de estar hecha a semejanza de su Pueblo.

El martirio es como una hoguera de la cual no quedan cenizas sino fulgores. Cada llama que consumía su sangre agigantaba aún más su espíritu. Más cerca estaba de la muerte,

con mayor claridad comprendía que en dar la vida por el bien de los demás reside la verdadera hermosura, la suma de los más grandes valores humanos. Y quizá comprendiera también que ella no se iba del mundo, que permanecería en sus obras, que estaría para siempre, como una sangre dulcemente viva, en el corazón de los humildes y de los trabajadores.

Pensó en su Pueblo hasta el último momento; sus palabras postreras fueron para su Pueblo.

* * *

Desde el primer momento de su lucha ella entendió que sólo una grandeza absoluta, una grandeza en que deberían estar presentes todas sus fuerzas físicas y morales, harían posible la obra. Sabía que esa entrega no admitiría retaceo alguno, ni siquiera tregua; sabía que la vacilación no era allí posible, que un ardido valor sería el signo de su trayectoria. Y no temió ni dudó.

Con una entereza que no reconocía límite alguno, con una convicción ferviente que comunicaba a sus decisiones un espíritu rector, entró en la lucha por su Pueblo y por Perón.

Su Pueblo la vió como una conductora segura de su responsabilidad histórica, y la vió asimismo inmensamente tierna, como un ángel tutelar que vela el sueño de los desamparados y los despierta para conducirlos a una felicidad que no se habían atrevido a imaginar cercana.

El milagro le era familiar. Ella les había dicho a las mujeres argentinas: "Nuestras manos no son nuevas en las luchas, en el trabajo y en el milagro repetido de la creación."

Y la suya fué una constante labor creadora en donde la verdad se dilataba, en donde la larga espera de los desposeídos daba frutos luminosos. Sus ojos conocían el llanto de los demás como lágrimas propias. Y ella transformaba en irrefutable fundamento humano toda esa vida que le salía al encuentro, con sus tristes experimentaciones, su desgarrada materia, su confianza a salvo. Toda esa vida que había sido subestimada durante tanto tiempo.

Ella construía como construye la creación misma que transfigura la sustancia inerte en cuerpo vital, que día a día renueva sus fuerzas y de sí misma extrae otras para sumarlas a las fuerzas conocidas. Tarea ininterrumpida que exige esa sabiduría que sólo el amor confiere.

"El amor, cuyo misterio sí que es infinito, le hace ver a la inteligencia cosas que ella nunca podría conocer por hábil que fuese."

Son palabras de *La Razón de mi Vida*. Son palabras de un ser que tomó una esencial sabiduría del corazón singularmente vivo del Pueblo, de ese inmenso corazón que no claudica, que guarda limpia su sangre, que late no para sí mismo sino para la vida que está en torno suyo.

Las manos de Eva Perón no eran nuevas en el milagro repetido de la creación, no estaban fuera de su misterio. Se habían ahondado en el sufrimiento y en el desvelo de quienes cumplen en la vida la parte más difícil, de esa multitud de seres que da incalculablemente más de lo que recibe. Sus manos se habían mojado en el llanto de los desvalidos, habían acariciado las mejillas frías de niños tristes que miraban el mundo como si no les perteneciera, sin alcanzar a explicarse su condición de desplazados. Y de esas mismas manos los niños recibieron esa alegría de pájaros que les había sido negada. Y de ellas los humildes tuvieron su parte de felicidad. No eran dádivas: Eva Perón restituía derechos inherentes a la condición humana. El milagro de sus manos fué la dignidad acordada.

Ella amaba enternecidamente a los pobres por la misma razón que preferimos amar la pureza, decidimos por la luz. Sus ojos vieron todo aquello que guardan los ojos siempre asombrados de los pobres. Se nutrieron con sus miradas, buscaron en ellas explicaciones que no hallamos en ningún lado; advirtieron en sus pupilas el estado de gracia que confiere la vida misma cuando en medio de la injusticia se salva la esperanza.

Esas gentes que habían padecido durante tanto tiempo conservaban una fuerza incorruptible, la de su fe. Y Eva Perón fué la respuesta aguardada. fué la razón de ese multitudinario confiar, fué la depositaria de una ansiedad que ella polarizaba

porque el amor es el centro de la esperanza, porque hacia la redención convergen todos los males de la injusticia.

¿Cómo no amar a los pobres? De ellos había dicho:

“Los pobres, lo mismo que en Belén, viven y duermen al aire libre, y las ventanas de sus almas sencillas están casi siempre abiertas a las cosas extraordinarias.”

Sin embargo, en nuestra patria nadie los había amado como ella, nadie los había comprendido con tal entrega de su propio sentimiento. Ese amor evangélico eligió su corazón para manifestarse con toda su fuerza y eligió su voluntad para las grandes realizaciones que redimieran a quienes se debatían en la injusticia.

Los pobres vieron a Eva Perón. Tuvieron la revelación extraordinaria.

* * *

“Mártir del Trabajo”, el suyo fué un martirio cuya anunciación estaba ya contenida en estas palabras:

“Mientras no se da la propia vida, cualquier cosa que uno da es justicia. Cuando se empieza a dar la propia vida recién entonces se está haciendo una obra de amor”.

Así lo consigna en su hermosísimo libro. Y es la suya una de las expresiones más profundamente significativas de cuantas ha dicho la humanidad. Más que formulación de un pensamiento es verdad experimentada, es convicción que emana del propio ser en la entrega de sus fuerzas para cumplir esa obra de amor. Palabras dictadas por la sangre que se está consumiendo, por las manos que quieren tenderse todavía a pesar de la inmortalidad que las vuelve casi transparentes.

Perón tomó la bandera de los trabajadores, y ella acompañó al Líder en la lucha y llegó hasta el estoicismo en esa multiplicada tarea que la llevaba a ser el puente entre el Pueblo y su Conductor.

¡Con qué perfección comprendía cuánto los trabajadores representan, cuánto habían sufrido en una sociedad que los había ignorado largamente! Ella les hablaba exhortándolos a la lealtad, lo único que exigía con el lenguaje impetuoso de su propia lealtad a la causa justa.

Y ellos eran una sola, gigantesca respuesta a ese mandato. Una misma voluntad afirmativa, cada día más ahondada. Eva Perón dialogaba con su Pueblo, y era el suyo un lenguaje de entendimiento absoluto. Parecía el diálogo de dos seres enteramente identificados. Era la misma su responsabilidad, el mismo su fervor patriótico y humano. No necesitaban decir, para comprenderse, más que las palabras que subían de su corazón. Su acuerdo era manifiesto y también tácito, como los acuerdos que responden a una convicción que, por verdadera, se ha convertido en espíritu y carne, ha ganado el calor de la sangre.

Eva Perón formaba en las filas de los trabajadores. Por eso los comprendía tan profundamente, como si se estuviese comprendiendo a sí misma. Y les hablaba con sus mismas palabras, con las voces de esa solidaridad maravillosa que fué su designio. Les hablaba con el lenguaje de su verdad al descubierto, fervorosamente, como hablaba Perón, que era su maestro.

Y esa multitud que repetía su nombre entre clamores de agradecimiento llegó hasta el sitio de su muerte en un silencio que sepultaba gritos, en un silencio denso de congoja, en un silencio que entraba en la eternidad, junto con ella.

* * *

Criatura vuelta a los cielos, Eva Perón estaba entre las flores como rodeada de su propia hermosura. Todas las flores de la tierra habían ido a su encuentro, se habían agolpado allí en una multitud de corolas. Durante quince días ese jardín crecido súbitamente en la ciudad tuvo renovada frescura; los pétalos invadían las paredes y recubrían la cámara mortuoria como si la creación misma estuviese presente, tendiese sus brazos de verdor y rocío, sus manos inmemoriales, a la dulce muerte.

La ciudad tenía en torno suyo una expresión de doloroso estupor. Y más allá, toda la tierra argentina se estremecía ante el misterio de esa vida y de esa muerte transfiguradas en gloria.

Su ataúd parecía extenderse a los largo de la Patria, invadir su paisaje. Y más allá de nuestras fronteras, en los demás Pueblos, la imagen de Eva Perón recibía lágrimas ignoradas

Todos los trabajadores y los humildes del mundo comprendían que un ser igual a ellos, embellecido aún más por un amor que traspasaba todo límite, había caído en su puesto de lucha.

Su muerte conmovió a los Pueblos.

La Abanderada levantaba aún más alto su bandera. Estaba inmóvil y, al mismo tiempo, crecía en símbolo, entraba en la historia. En la única historia digna de toda recordación, en la historia donde no entran los dominadores, los poderosos. Alrededor de su gloria hay una luz que tiene la bellísima condición del alma. Ella entró en la historia, sí, pero en su región iluminada, en su parte imperecedera, allí donde todo se proyecta en fuerza guiadora, en extraordinario ejemplo.

Los trabajadores y los humildes comprendían que algo singularmente entrañable de sus propios seres se desprendía de ellos, pero no para abandonarlos sino para regresar a su existencia e incorporarse a su verdad definitivamente.

Algo de sí mismos, lo más fuerte y puro alcanzaba una absoluta proyección en los tiempos. Ellos experimentaban todo lo que esa muerte contenía, sus razones y su significado, la esencia misma de esa entrega de amor que perpetúa los signos de la vida, que traza en la muerte una trayectoria luminosa.

Ellos comprendían cómo, de pronto, esa desaparición ganaba la gigantesca permanencia del símbolo. Eva Perón se iba, pero se quedaba; crecía su imagen en un cielo que ha aprendido a reflejar la tierra.

Eso lo comprendían los humildes, que lo comprenden todo, tanta es la vida que se acumula en ellos.

Eso lo entendían los trabajadores, con la inteligencia que la lucha fortalece.

Y hasta el corazón recién despierto de los niños llegaba ese sentimiento con la nitidez de una revelación.

La muerte ayuda a comprender la vida. Sublima sus rasgos, explica de alguna manera lo que la vida no alcanzó a explicar del todo. Confirma la grandeza que tuvieron sus actos, inscribe en definitiva memoria el pensamiento que determinó su conducta. Da la visión del sentido que tuvieron los días, las

luchas y los desvelos; muestra, en medio de su misterio, la suma de amor que contuvo lo vivido.

Eva Perón yacía entre las flores. Ninguna muerte estuvo más acompañada. La soledad no llega a donde el amor custodia y vela. La soledad no podía estar a su lado, porque no lo había estado nunca durante el tiempo que duró su existir. La soledad no había entrado jamás en su corazón para aislarla de los demás seres. Solo está el que no se asoma al sufrimiento de los hombres. Y ella se había asomado impetuosamente a todo dolor y a toda esperanza, puestos sus ojos en los ojos del Pueblo.

“Salgo de mí para no volver a entrar”, son palabras de Santa Catalina de Siena. Y Eva Perón estuvo en un continuo salir de sí misma, en un constante entrar en el alma de los demás seres para comprenderlos, para compartir su vida, para convertir en paz dichosa su angustia. Ella no estuvo en sí misma sino en su Pueblo.

Prefirió comprender a ser comprendida.

Yacía en la ciudad, en medio del jardín brotado del llanto de todos los hombres y de todas las mujeres del Pueblo. Ellos, tan amados por su corazón, velaban. Estaban presentes allí como asomados a una eternidad que de pronto se volvía misterio y clave.

Los rostros se ahondaban, la espera se volvía expectación dolorosa.

Fué el desfile más conmovedor y el más incesante. Larguísimas columnas enlutadas iban al encuentro del ser tan bienamado que entraba en el primer sueño de su eternidad.

Las calles de la ciudad contenían esa multitud que en religioso silencio aguardaba el momento de despedirse de quien ya en la tierra había empezado a ser ángel. Y las calles parecían estrechas para esa inmensidad de Pueblo que quería rendir su más profunda ofrenda a la Abanderada yacente.

Ella estaba en el sitio de las flores esperando a su Pueblo. Lo vería nuevamente, pero esta vez a través de sus párpados; lo sentiría cerca, y acaso con esa felicidad cuya proximidad tantas veces le había proporcionado. Ella estaba rodeada por

hombres, por mujeres, por niños, cuya vida había embellecido tan justicieramente. Y parecía animada por una dulzura sobrenatural.

En medio del frío y de la fuerte lluvia, en la calles entristecidas, las largas columnas proseguían su lento desfile. La dilatada espera no turbaba la firmeza incommovible. Todos miraban hacia un mismo punto, todos se unían entrañablemente en una congoja que crecía a medida que se acercaba el momento de verla.

Durante quince días la ciudad fué como un inmenso santuario; innumerables altares se levantaban en la humildad de los barrios, en las plazas, en las calles. La imagen de Eva Perón sonreía desde cada altar, y los hombres, las mujeres y los niños depositaban en ellos grandes ramos de flores y ramilletes que entremezclaban sus pétalos y volvían más profundo su simbolismo.

Su Pueblo maravilloso desfilaba en la capilla ardiente, se detenía en su contemplación. Posaba sus labios en el cristal funerario y repetía su nombre entre sollozos.

En las calles se extendía el silencio como una oración a la cual siempre se puede agregar una palabra. Como una oración que no tenía punto final, en la que el llanto era su palabra más bella.

Había en todos los ojos el estupor ante lo que no puede ser aceptado. ¡Con qué ansiedad las manos del Pueblo hubieran querido retener a su Abanderada sobre la tierra!

Los humildes, los trabajadores, comprendieron súbitamente que ese ser maravilloso que les había hecho entrega de su vida estaba, por eso mismo, a salvo de una muerte definitiva. La vida que se da por la felicidad de los demás no es interrumpida por la muerte; prosigue más allá de su realidad, crece en perspectivas históricas e ilumina, no sólo su tiempo, sino los días que habrán de sucederle.

* * *

Sus manos no eran nuevas en el milagro repetido de la creación.

Abiertas a toda generosidad, las manos de Eva Perón cumplieron en la tierra un destino angélico. Espirituales y tiernas, recorridas por una sangre que era toda luz, estuvieron sólo atentas al mandato de su amor por el Pueblo. Y se posaron en el rostro de los humildes, y buscaron las manos recias de los trabajadores, y acariciaron a los niños, como si solamente allí, en ese ejercicio de justicia y hermandad, ellas tuvieran su razón de ser.

Se movían como alas, puras y finas, o bien trazaban el gesto firme de sus decisiones históricas. Eran fuertes, con la fuerza de su pasión peronista, y eran delicadas, casi inmateriales, en su misión redentora.

Las manos de Eva Perón, al igual que todo su ser, iban también, día a día, desprendiéndose de su propia vida terrena, dando sus fuerzas y sus impulsos maravillosos. ¡Ah, si a nuestros ojos se les permitiera por un momento una visión sobrehumana, verían la nueva vida que han cobrado!

Dos llamas, dos alas quemándose hasta alcanzar esa santidad que tienen ahora, en un reposo que arranca nuestro llanto y lo renueva, instante tras instante. Ya no se mueven para entregar el gran amor humano que dictaba sus gestos; ya son toda alma, nácar sobrenatural que se confunde con el rosario dulcemente aprisionado.

Translúcidas, incorpóreas, están allí sin poder ir al encuentro de las manos del Pueblo, tan lealmente estrechadas a lo largo de sus años ofrendados a la Patria, a lo largo de ese tiempo que ella convirtió en eternidad. Manos de martirio. No lo ven nuestros ojos pero nuestro corazón lo adivina: son dos resplandores sobre su pecho, iluminando su cámara mortuoria.

Sí, las manos de Eva Perón se han transfigurado en luz. Emanan de ellas ese fulgor que es envoltura de la santidad, tienen la inmovilidad de lo imperecedero, de aquello que ha alcanzado ya su vida definitiva, más allá de la muerte, donde la vida vuelve a ser de otro modo y para siempre.

El Pueblo las contempla una vez más, y en los rostros humildes, donde un día estuvieron posadas, se renueva el recuerdo de la caricia.

“Esas manos de ángel estrecharon las mías”, dice con religiosa unción una mujer convulsionada por el llanto, una mujer del Pueblo que, como tantas, debió su felicidad a Eva Perón y por ella está ahora sumida en desconsuelo que no conoce límites.

“Manos benditas, manos de santa”, dice un anciano mirándolas a través de sus lágrimas, con una voz que parece una oración contenida en el pecho, exhalada a duras penas por la congoja. Para el trabajador son manos de camarada valiente, para el niño ternura infinita, manos que todavía están vivas porque el recuerdo, cuando el amor es grande, puede más que la realidad, que esa enlutada realidad que nos negamos a aceptar.

Bellísimas, trasuntando lo prodigioso de su personalidad, las manos de Eva Perón, que estuvieron hechas de la misma materia de su corazón, son ahora una forma de su alma, transparentes y eternas, para siempre guadoras, para siempre contenidas en las manos del Pueblo.

* * *

Hombres y mujeres han velado ininterrumpidamente a lo largo de quince días. Ningún cortejo fúnebre fué más impresionante; una multitud extraordinaria acompañó a Eva Perón hasta su morada postrera. La Nación le rindió los honores dignos de su gloria.

La ciudad continuaba en un silencio que era religiosidad, emoción inenarrable. El Pueblo parecía mirar de frente una forma de la eternidad, una expresión del cielo. Sus ojos estaban como resplandecidos mientras el cortejo avanzaba con esa lentitud solemne con que se va hacia el misterio.

Durante la noche una procesión de antorchas había testimoniado esa adhesión del Pueblo que va más allá de la muerte. Y el fuego vivo, levantado en silencio, tenía el valor de un símbolo; representaba una sangre en ardimiento, una sangre en alto que sellaba un pacto de lealtad indestructible.

En cada antorcha se reconocía el corazón de un ser humilde, el fuego de un sentimiento que respondía al sentimiento sin límites de ella.

Y la dulce Abanderada, en su tránsito a la inmortalidad, reposaba entre flores que no perdían su frescura, que se resistían a marchitarse. Ese era también el homenaje de la tierra.

Ella había amado a la tierra, a sus seres simples; había amado ese paisaje nuestro que la presencia del hombre vuelve singularmente profundo. La verdad de la tierra estaba en sus palabras: esa verdad de la creación misma, que aun tomando formas diversas, es siempre la misma en su sentido fundamental, en su claridad interior. Por eso ella pudo hacerse comprender instantáneamente; por eso su voz llegó al Pueblo como si hubiera sido una voz de la tierra, que sólo puede interpretarse de una manera, que en ningún momento puede ser desvirtuada ni obscurecida. Voz en diafanidad, recorrida por la fuerte pureza que la verdad tiene en todas sus manifestaciones.

Las flores se inclinaban hacia ella como hacia el sitio de la luz.

* * *

Eva Perón, que no conoció la soledad que nos separa de los seres humanos, sino el amor que nos une a su destino, aun después de su muerte estuvo acompañada. Y lo estará siempre. El Pueblo hace guardia a su lado, y es la suya una custodia que no cesa porque es también la custodia de un ideal.

Sólo de una realidad tan viva, tan presente y continuada en la realidad de los demás, nace un ideal acrecentado en las fuerzas humanas que determinaron su razón de ser. Y aun cuando se espiritualice singularmente, no perderá en ningún momento el impulso de su sangre.

Así perdura Eva Perón, idea y símbolo, luminosidad y transparencia, y —al mismo tiempo— ser no desprendido de la vida nuestra, voz y presencia tangible. En ella se suman los atributos de una inmaterialidad ganada para el amor y para la muerte, y los atributos de una imagen terrenal que se resiste a abandonar la tierra, sostenida por la veneración del Pueblo.

Los trabajadores velan a su lado. Cuidan su sueño en eternidad, a cada instante; y mientras hacen guardia junto a ella, tácitamente repiten y confirman el acuerdo de lealtad celebrado con la causa de Perón tan enteramente. Día a día los trabajadores de la Patria, con el lenguaje de su sentimiento, le dicen a su Abanderada que ellos están presentes en la gigantesca acción del Justicialismo, que "dar la vida por Perón" es su consigna.

Ella dió la vida por Perón y por su Pueblo. Con esa entereza de las grandes almas, con una presencia de espíritu que le permitió dedicar a su Pueblo sus últimas palabras.

Estuvo de frente al sacrificio sin vacilar un instante. Ella le había dicho a Perón en el primer momento de la lucha:

"Por muy lejos que haya que ir en el sacrificio, no dejaré de estar a su lado, hasta desfallecer."

Y recordando estas palabras, escribe en *La Razón de mi Vida*:

"Desde aquel día pienso que no debe ser muy difícil morir por una causa que se ama. O simplemente: morir por amor."

No era difícil para su corazón tan valientemente humano; no era difícil para su generosidad que sobrepasaba toda posibilidad imaginable. El amor mismo le abría a golpes de luz el camino de la muerte, le convertía en gloria el sacrificio. Y puesto que toda ella era amor, le era natural morir por la causa que había sido la razón de sus días, la substancia de sus sueños, su expresión misma. Su muerte correspondió a su existencia. Ella no podía irse del mundo de otra manera que ésa: en la entrega de sus últimos latidos continuaba la maravillosa entrega de su corazón al Pueblo.

No debía de ser muy difícil, no, esa muerte por amor inmenso para su espíritu crecido en grandeza. El valor que había demostrado en todas las horas de su vida la asistía en la hora postrera, y aún en el instante de comenzar el tránsito a su gloria, ella no renunciaba a la lucha: estaba férvidamente animada aún por esa pasión que era pasión por su Pueblo, comprensión de los humildes, solidaridad con los trabajadores. Mu-

rió encomendándolos; no pensó en sí misma ni siquiera cuando la vida le iba faltando, cuando eran contados sus latidos y en la tierra las flores ya se abrían funerariamente.

Eva Perón nunca pensó en sí misma sino en ese mundo de sufrimiento y esperanza que la circundaba. No pensó en su ser sino en la multitud de seres que aguardaban la visita de la felicidad como quien espera un pequeño milagro, con la expresión que tienen los pobres cuando se asoman a la ventana de su casa para ver las primeras estrellas.

Cuando en sus ojos la luz se enfriaba como un llanto llorado desde hacía mucho tiempo, era una visión de Pueblo la que transcurría en sus pupilas.

Esa muerte por amor la envolvía en resplandores. En algún instante, quizá, su corazón hubiera sido visible, de tal manera invadía esa muerte.

Su corazón se abría a la eternidad como una flor dulcísima.

El Pueblo, mientras tanto, se debatía en la esperanza de su salvación y en la desesperanza. ¿Cómo perderla, cómo resignarse a su silencio?

Para los espíritus fuertes es más difícil la resignación que la lucha. Todos hubieran querido dar su vida para salvarla, darle a su corazón sus propios latidos, reanimar sus ojos para ser contemplados por ella.

Todos hubieran querido retenerla en la tierra. Pero, ¿cómo pedirle al amor otro milagro cuando ya había hecho el bellissimo milagro de esa criatura suya que en permanente estado de gracia se desprendía de su propia vida por amor a los demás?

* * *

El Pueblo comprendió que ella no había enmudecido.

Eva Perón no ha callado. Su voz viene desde lejos y al mismo tiempo se levanta tan cercana a nuestros oídos como si naciera de nosotros mismos. Escuchad su mandato, la viva pujanza de su convocación. Y escuchad su palabra de resplandecida ternura, en vuelo hacia el corazón de los que sufren, hacia los niños que están en estupor ante su muerte.

Ahora Eva Perón nos dice, más allá de su silencio, todo aquello que su corazón retuvo porque su incesante amor por el Pueblo necesitaba tiempo de eternidad para terminar de expresarse. Y ahora todos los días serán suyos sin término, sin conclusión angustiosa.

Y ella podrá hablarnos en su nueva voz, en su lenguaje diáfano que no necesita sonido para hacerse oír. Comprendemos sus vocablos, su mensaje que continúa siendo raíz de pueblo, raíz que el cielo levanta hasta su luminosidad. Eva Perón, muerta por los que sufren, llama a los humildes por su nombre, y nos dice la única palabra que puede prolongar hacia todos los futuros el camino abierto por sus manos.

Ella nos convoca en torno al Líder. Ella nos consuela en el llanto innumerable. Escuchad qué puras, qué verdaderas, qué entrañablemente tuyas son esas voces inscriptas en la historia y fuera de sus límites, salvadas del tiempo, ni últimas, ni primeras.

Y esas voces se oirán siempre, y en nosotros y en quienes vendrán después de nosotros, ahondarán su verdad y su espíritu. Y cada día serán más acento de la Patria y palabra del Pueblo, nuestras y también del mundo.

Idioma de entereza, voz de valentía, canto del sentimiento, legado que la Nueva Argentina custodiará siempre porque su caudal guarda una clave de nuestro destino histórico y el luminoso itinerario del Pueblo. El tiempo, que desentraña en su transcurrir aquello señalado para la grandeza, día a día revelará algún nuevo y maravilloso significado en todo lo que la Abanderada ha dicho y continúa manifestando desde su eternidad.

Y nuestro corazón permanecerá atento, y el mensaje de lealtad, de amor y de justicia será descifrado en cada una de sus obras, en la fuerza de su mandato. Su voz convoca los valores humanos que han de regir las sociedades justas; su voz contiene un canto de redención. Y es con el poder de la verdad victoriosa que llega hasta nosotros y se proyecta hacia el futuro, día tras día más crecida en profundidad.

El tiempo encontrará en el fondo de sus voces nuevas revelaciones de su espíritu, nuevas formas de su voluntad; la historia descubrirá siempre mayores valores en su vida y su obra. Su voz será siempre más bellamente interpretada. Porque el amor puesto

en ella será cada día más luminoso, mostrará su substancia profunda con una claridad creciente, despojado de todo lo que no sea su propio sentido.

Escuchamos sus palabras, su canto vivo, la sucesión de acentos que nos impulsan a la comprensión humana. Su voz arde en pasión, rama encendida en flor y fruto donde la vida regresa de la muerte.

Eva Perón nunca estará en silencio.

* * *

Ella había dicho con una conmovedora humildad:

“Tal vez un día, cuando yo me vaya definitivamente, alguien dirá de mí lo que muchos hijos suelen decir, en el pueblo, de sus madres cuando se van, también definitivamente: ¡Ahora recién nos damos cuenta de que nos amaba tanto!...”

¡Ah, ya lo sabían los humildes, ya lo sabían los trabajadores, antes de que ella se fuera, cuánto los amaba! Desde la primera hora de su advenimiento, desde la primera vez que pronunciaron su nombre. Porque el amor estaba en su rostro y en sus manos. No fué su ausencia la que lo reveló; su presencia en la tierra lo había manifestado con esa pluralidad constante que dió a sus obras una condición casi sobrenatural.

Es verdad que todos tenían conciencia de esa incomparable capacidad de sentimiento que cuanto más la humanizaba, más dejaba al descubierto al ángel morador de su ser. Sí, el Pueblo conocía la medida de esa ternura, de esa llamarada que sólo se consumía para dar resplandores cada vez más altos.

Pero su muerte proporcionó a ese conocimiento una forma distinta.

Los humildes de la Patria sabían hasta qué punto eran amados por ella. Cuando comenzó su muerte lo supieron de otra manera: lo supieron con desgarrado dolor, con una afirmación de llanto caído sobre el luto, con una convicción en carne viva.

Comprendieron la inmensidad de ese amor por ellos, para no olvidarlo nunca.

Lo que ya conocían se les mostraba con una nueva dimensión. Con la dimensión de un sacrificio total cumplido gozosamente porque derivaba de una incesante entrega a quienes no habían experi-

mentado más que desventura, a quienes habían salvado heroicamente una esperanza, una pequeña región de luz en medio de toda adversidad.

Por eso los humildes sumaron al conocimiento que ya tenían de ese amor que por ellos llegaba hasta la muerte, otro conocimiento: el de su transfiguración en martirio.

En medio de la tribulación hubo un sentimiento de religiosidad, y hubo también un deslumbramiento ante una visión de gloria.

Porque ésa no era una muerte como las demás. La vida que con ella concluía tampoco había sido como las otras vidas.

Eva Perón en los días de su existencia sólo había querido asemejarse siempre más a su Pueblo; sentirse en absoluta identidad con los seres que lo componen. Y era igual a ellos, como si una sangre común la uniera fuertemente a la lucha de cada trabajador, al corazón de cada desvalido. Pero en su muerte aparecieron todas las diferencias: la altura de su pasión, la condición prodigiosa de su sensibilidad, la entereza de su alma.

Su muerte concentró esas diferencias que la exaltaban sobre el nivel de los humanos. Ella difería de todos por las proporciones de su valor, por el ímpetu de su extraordinaria sinceridad, por el contenido de sus sueños y el sentido de sus desvelos.

Era igual a los demás seres porque amaba, pero era diferente porque amaba más.

Ya la vida había demostrado sus virtudes y el fervor que la encendía; sólo la muerte pudo demostrar la cantidad de vida que se perdía con ella.

Fué en su martirio que el Pueblo comprendió totalmente a Eva Perón. Fué en su martirio que la vio envuelta en luz como una flor del cielo nacida entre las flores de la tierra.

Su muerte resumió el sentido profundo de su vida; no fué noche caída sobre su frente; significó la síntesis de sus días.

* * *

Los niños sentían que ella era un ángel que había estado de visita a la tierra, un ángel que regresaba al sitio de donde había descendido. Y porque ellos lo comprendían así, miraron su muerte

corporal y vieron su presencia en el cielo. Cada uno, con esa fervorosa poesía de la infancia, eligió una estrella para situar su imagen.

Los niños habían conocido la belleza de su alma y no podían situar su imagen sino en la mayor hermosura. La infancia que por su gracia había pasado del desamparo a la felicidad la veía en ese aire de prodigio que tienen sus obras destinadas a los pequeños. Por eso ellos trasladaron su imagen ultraterrena a los lugares más lucientes del cielo. Ese debía ser su sitio.

La infancia, tan asistida por la verdad, comprendió que no quedaba en abandono.

Aceptó esa transfiguración del ser terreno en el ser angélico. Y sintió que seguía tan protegida por su amor como cuando ella acariciaba sus mejillas; como cuando escuchaba su lenguaje de pájaros entre un encantamiento de cabecitas asombradas.

Con la misteriosa comprensión que los niños tienen de los grandes hechos, ellos vieron en esa muerte la perduración de todos los valores que habían configurado la vida y la obra de Eva Perón. Ellos supieron en seguida que su ternura continuaba como una fuerza permanentemente viva, levantada para siempre en torno suyo como una hermosísima ala abierta para cobijarlos.

La habían visto a través de los días envuelta en ese halo prodigioso que da la ternura cuando es continuo ejercicio. Para la visión maravillosa se necesita la pureza que tienen los ojos de los niños. Ellos habían visto su corazón al descubierto, la diafanidad interior que le dictaba cada palabra y cada decisión. Más allá de su imagen corpórea, más allá de sus obras, los pequeños de la Patria habían visto la cara y las manos del ángel que la habitaba, que día a día iba invadiendo sus facciones, los acentos de su voz, la profundidad de sus pupilas.

Y ellos comprendieron que ese ángel no podía ser tocado por la muerte; que estaba a salvo, que se quedaba con ellos, plegadas las alas sobre sus cabecitas, en una caricia que no tendrá término, dulcísima y eterna.

Se necesitan ojos de niños para advertir esa imagen del ángel que se abre paso entre la sangre, entre las facciones, en medio de la expresión humana, para mostrarse en libertad, con todos los signos de la perduración.

Los pequeños moradores de la Ciudad Infantil, y aquellos que habían conocido un duro desamparo en distantes regiones de la Patria, y que gracias a Eva Perón fueron restituídos a la alegría y entraron en una infancia que les había sido negada, ¿cómo no iban a ver, más allá de su muerte, el definitivo resplandor, la imagen sustentada en una bondad que continúa manifestándose?

La niñez vive en un constante mundo de revelaciones, pasa de un descubrimiento a otro. Para la niñez argentina Eva Perón fué la revelación más hermosa, la visión de un amor incesante, de una ternura que más se multiplicaba cuanto más se consumía.

Los niños le escribían continuamente. Para ella significaba un dichoso descanso leer esas cartas de letras irregulares, un poco desfiguradas, pero deliciosamente expresivas. Esas cartas en las que se le pedían juguetes, quizás una muñeca o una bicicleta, siempre con un inimitable lenguaje de ingenuidad y con expansiones de afecto que buscaban la más espontánea forma de manifestarse.

Era suficiente que un niño pronunciara su nombre para que ella sintiera la responsabilidad de proporcionarle esa felicidad sin la cual no podemos concebir la infancia. Porque un niño que sufre está dejando de ser niño.

El pequeño, habituado y hecho a la dureza de una vida que no se había apiadado de él, pudo sonreír gracias a ese ser de bondad inmensa que un día fué a su encuentro para cumplir así la parte más hermosa de su destino.

El juguete que Eva Perón le entregaba al chicuelo pobre tenía también el valor de un símbolo. Representaba una anticipación de esa felicidad que ella le estaba preparando con cada una de sus obras; era sólo una forma de los múltiples cuidados que su corazón guardaba para la niñez de la Patria; sólo una forma, tradicional y simple, que en seguida se completaría con las realidades de una protección que llenó de luminosidad el mundo mágico de los pequeños.

Restituir a la infancia toda su alegría es colaborar con la vida.

Eva Perón colaboró profundamente con la vida. Por eso los niños la vieron renacida en ángel sobre su propia muerte.

Lágrimas ardidas lloraron sobre su ataúd las mujeres del Pueblo.

Esas mujeres maravillosas en quienes la vida transcurre en toda su verdad; hechas para la lucha, valientes y dignas. Esas mujeres que sostienen el corazón del hombre, mezcladas en su trabajo, presentes en su sufrimiento, destinadas siempre a salvaguardar su esperanza, dispuestas a renunciar a su propio sueño para custodiar el sueño de los demás. Esas mujeres en las que nadie había reparado a lo largo de tantos años.

Ellas estaban ya habituadas a recibir de la vida su parte de derrota, a llorar hacia adentro, a ser fuertes para que a su alrededor no vacilara la esperanza. Porque eran mujeres del Pueblo no podían abandonar la lucha; la vida se había profundizado demasiado en ellas.

Eva Perón las vió en toda su grandeza, comprendió cuáles eran los valores humanos que representaban, justipreció su extraordinario aporte a la humanidad, su continuo ejemplo de entereza, la fuerza de su sentimiento. Las vió en su verdad, infinitamente generosas y valientes, animadas por una vida que no tiene tiempo para deslizarse hacia la ficción; por una vida que a veces el cansancio espiritualiza; el cansancio, único sueño que durante tanto tiempo les estuvo permitido a los pobres.

Como ante un espectáculo revelador, Eva Perón estuvo en la contemplación de esos seres en quienes el sufrimiento no había transcurrido en vano. Ella era también mujer del Pueblo y sabía cuánto esto significa. Y no sólo por eso podía conocerlas en su justa dimensión humana: las comprendía porque su corazón estaba enteramente vivo.

La felicidad debía llegar hasta esos ojos empecinados en mostrarse secos, con su lágrima llorada hacia adentro; debía recorrer como una sangre resplandecida esos rostros expectantes y quedarse allí porque ése era el sitio que necesitaba para ser realmente la felicidad.

Fué por obra de la Abanderada de los Humildes que las mujeres del Pueblo vieron crecer junto a ellas una realidad más bella aún que la esperanza. Y porque era obra de amor, ellas la recibían como a obra propia.

En *La Razón de mi Vida* dice Eva Perón:

“...yo le rindo mi homenaje —¡el mejor homenaje de mi corazón!— a la mujer auténtica que vive en el Pueblo y que va creando, todos los días, un poco de Pueblo.”

Sí, ella es creadora, paciente creadora. Ella asume grandes responsabilidades dentro de la sociedad. Era necesario, pues, que tuviera su parte en la victoria.

Con la sabiduría que da la directa participación en la vida de cada día, con la autoridad moral que proporciona el padecimiento dignamente sobrellevado, ella, la mujer humilde, comprendió a su vez a quien así la comprendía.

“Yo sé que ella, solamente ella, tiene en sus manos el porvenir del pueblo”, había dicho Eva Perón refiriéndose a su gravitación en la sociedad, a su importancia insustituible.

No puede concebirse mayor elogio ni reconocimiento más justo.

La Abanderada no dejó su bandera ni siquiera después de su muerte. En esa bandera las madres del Pueblo reconocieron su propia imagen, las señales de su dolor callado, su corazón en alto. Esa bandera no era un símbolo; era una realidad palpitante; era la historia misma de su humildad, la humanísima historia.

Alguien reparaba en ellas y las defendía impetuosamente.

Alguien las exaltaba hasta el nivel de los grandes valores, las ponía como ejemplo ante el mundo. A ellas, postergadas y sumidas tan largamente en un olvido que no tenía siquiera el derecho de ser apacible.

De pronto, un ser predestinado que se oponía valerosamente a toda injusticia las estrechaba contra su corazón; a ellas, mujeres humildes, criaturas obscurecidas hasta su advenimiento. Ese abrazo significaba una asombrosa recuperación, el comienzo de un itinerario que sólo podía estar trazado por el amor. Sellaba para siempre una firme confianza. Más aún: restituía el derecho de confiar en la vida.

Así lo entendieron las mujeres del Pueblo, cuyo entendimiento siempre es puro y absolutamente acertado.

Junto a Eva Perón, ganada para la inmortalidad, desfilaron con esa dramática devoción que sólo pueden expresar quienes han experimentado el dolor y la esperanza en carne viva. Ellas la con-

templaban con ojos invadidos por la luz, como si la estuvieran viendo en el preciso sitio de su gloria, rodeada por aquellas otras mujeres humildes que no alcanzaron a conocerla, y se fueron del mundo tácitamente.

Le llevaban flores como recién arrancadas de su sangre, y repetían su nombre. Y ellas, que tanto necesitaban ser consoladas, daban la impresión de estar consolando a su Abanderada, de conducirla a su eternidad, con las sufridas manos de pronto leves como alas en vuelo.

* * *

Pasará el tiempo sobre su muerte sólo para descubrir algún nuevo aspecto de los valores que conformaron su fisonomía moral; sólo para fijar la proyección histórica de su vida y de su obra.

El tiempo irá revelando nuevas magnitudes de su amor, mostrará el fondo mismo de su pasión convertida en martirio.

Siempre habrá algo que descubrir en un amor de tal manera profundo, algo que interpretar en su justo sentido. El amor crece por sí mismo como una fuerza librada a sus leyes; continúa construyendo y nada puede ya detenerlo.

Nos queda el amor de Eva Perón, y es lo mismo que si ella permaneciera entre nosotros. Porque no se trata sólo del recuerdo; una cierta pasividad envuelve al recuerdo. Y ella es, en cambio, una presencia enteramente viva, un grito de redención convertido en canto. Nunca podrá ser la suya condición de recuerdo, sino de vida que continúa.

El tiempo la mostrará siempre con renovada vida, en una resurrección constante. No habrá que mirar hacia el pasado para verla: Eva Perón será continuamente substancia de un presente que toma las formas de su generosidad extraordinaria.

El Pueblo la encontrará en su obra, y la encontrará también en sí mismo.

En su lealtad peronista, en su ideal de comprensión humana, en toda acción solidaria y significadora de la condición del hombre.

Será un continuo recobrarla a través de los días en las diversas manifestaciones que determinaron su razón histórica. Será su

recuerdo convertido en gloria. Será la interpretación profunda de sus decisiones, del sentimiento puesto en cada realización.

El tiempo oscurece la imagen de aquellos que pasaron sin amor por la vida; pero ilumina el nombre y el rostro de quienes le dieron a la vida un sentido de amor absoluto. Y esa luz volcada por los días sobre una figura que la historia toma jubilosamente para sí, va creciendo en ascendente movimiento, en fuerza guiadora.

Eva Perón será siempre más comprendida. Las generaciones futuras recibirán su mensaje como si una voz presente, surgida de sus seres, consignara cada una de sus palabras.

La verdad enunciada con amor tiene un valor que el tiempo multiplica. Vale más que toda verdad limitada a sí misma; tiene el poder de transfigurarse en esa belleza que da la razón cuando nace del corazón del hombre.

La historia del mundo es también la historia de esa falta de amor que tanto contribuyó a desestimar la vital condición de los pueblos. Demasiado dramática ha sido la injusticia social; demasiado larga la negación de primordiales derechos a quienes todo lo construyen en el mundo y todo lo salvan.

Por eso la aparición de un ser maravilloso le confiere a la historia un nuevo sentido, otra dirección.

Con el advenimiento de Eva Perón se precipita todo ese amor ausente a lo largo de siglos. Sólo así se explica el ímpetu de su pasión y la grandiosidad de su obra. Ella concentró en brevísimos años la acción humana que durante tanto tiempo fuera vano esperar de quienes habían hecho de la esperanza un ejercicio duramente cumplido.

Al cabo de una situación de injusticia social poco menos que incalculable, la justicia encuentra su fórmula, su expresión irrefutable.

La encuentra en un Pueblo destinado a iluminar con la doctrina de su Conductor una época oscurecida.

La justicia social, corporizada en Perón, hecha espíritu suyo, tomó de la Abanderada de los Humildes el amor que determina la perduración de los actos humanos.

“Nos has enseñado a construir con amor”, Perón le había dicho. Y ella, refiriéndose a estas palabras, escribe:

“Esto para mí ya no es un premio, sino la misma gloria.”

Esa sola afirmación, del creador del Justicialismo, encierra la definición más perfecta, la síntesis misma de Eva Perón y de su obra. Nada puede ser, por cierto, más definidor de sus valores, de su entrega a la causa justa. En esas palabras comienza el reconocimiento de su gloria.

Y es en el corazón de los humildes donde se continúa para proyectarse hacia un futuro que la recibirá gozoso, hacia un futuro que seguirá sus directivas para que la felicidad del Pueblo sea un estado permanente, un elemental derecho humano.

El 26 de julio de 1952 señala el tránsito a la inmortalidad de Eva Perón.

Sin embargo, ese tránsito ya había comenzado aún antes de los días de su martirio: había empezado en el instante mismo de su entrega a los afanes del Pueblo y a la causa de la Patria, en su inicial palabra dirigida a los trabajadores, en la primera mirada suya que se detuvo en los ojos de los desamparados.

Su gloria comenzó con ella misma. Ya estaba en su alma como un destello que la muerte convirtió en luz altísima, en esa luz que envuelve a la Patria como un halo.

Eva Perón renace en sus obras con todos los atributos de una presencia humana y, al mismo tiempo, sobrenatural.

El Pueblo, en su interminable sucesión de seres, es el depositario de su gloria.

Eva Perón existe y existirá a lo largo de los tiempos.

Sólo el amor se opone victoriosamente a la muerte.



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

	Pág.
I. — VIDA DE EVA PERÓN	5
II. — LA PASIÓN PERONISTA DE EVA PERÓN ...	41
III. — GLORIA DE EVA PERÓN	67



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso



Biblioteca del
Congreso



Bibli